REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV — San José, Costa Rica — 1949 — Sábado 20 de Agosto — No. 17

Año XXIX — No. 1092

La vida y obra de los grandes hombres requiere perspectiva de años para su cabal conocimiento. Corresponde, pues, a los contemporáneos la tarea de allegar el mayor número de antecedentes y elementos de juicio, que la posteridad, en el transcurso de generaciones, puede aprovechar.



Eugenio Orrego Vicuña y Don *Luis Orrego Luco*

Don LUIS ORREGO LUCO
Apuntaciones biográficas

Por *Eugenio ORREGO VICUÑA*

(En el *Rep. Amer.*)

I

PRIMEROS AÑOS. ESTUDIOS EN EUROPA RUBEN DARIO

Don Luis Orrego Luco nació en Santiago el 18 de mayo de 1866, en el hogar de don Antonio Orrego y Garmendia y doña Rosalía Luco y de la Barra. Era el hijo menor en una familia que produjo sabios, escritores y artistas en medida no igualada en ninguna de Chile, acaso con excepción de los Vicuña y los de la Barra: su hermano Augusto, primogénito, iniciaba la serie ilustre que produjo al principal novelista nacional, único tal vez en América dentro de sus predilecciones, que abarcarían el estudio psicológico de las clases altas y el análisis de los problemas de un mundo nuevo en evolución.

Los Orrego eran de origen portugués (Dorrego), apellido que se mantuvo en la línea argentina del prócer de la Independencia rioplatense coronel Manuel Dorrego y cambió en Chile por *de Orrego*, transformado más tarde con la supresión de la partícula inicial, que no se avenía con las ideas republicanas de 1810. Pero la savia intelectual hallaba su mejor fuente en los Luco, familia entroncada, según la tradición, con antiguos monarcas españoles, que se cruzó con de la Barra en su abuela materna, doña Mercedes, en cuya sangre bullía la de un su tío, el Padre López, poeta y hombre de raro ingenio. Cabe anotar que de los López vienen varias familias de escritores (don Alberto Blest Gana, el novelista, y su hermano el poeta don Guillermo, los Huneeus Gana y otros).

Su padre era hombre de empresa, con gran capacidad para los negocios, que se arruinó por hacer honor a los compromisos de un hermano. La madre, mujer de fina sensibilidad, dotada de admirable belleza y preclaras condiciones morales, supo, perdida la fortuna y viuda cuando aún era joven, formar a sus hijos en escuela de sacrificio, de devoción al deber, de patriotismo arraigado; virtudes que pudo ver reflejadas en dos de sus hijas —doña Mercedes y doña Clemencia— cuyas vidas fueron realmente ejemplares.

Era medio propicio como pocos el que tuvo en los años de formación.

Cuando aún no cumplía doce de edad, doña Rosalía se trasladó a Europa con él y sus hermanas solteras, colocándolo en uno de los más famosos colegios de Suiza, donde hizo los primeros estudios serios, fundamento de vastísima cultura, que se prolongaron hasta 1880. El chico, exuberante, imaginativo, dotado de cierto magnetismo que le serviría de llave para sus primeros triunfos, supo concitarse la simpatía de sus compañeros en un mundo infantil cosmopolita en donde era único representante hispanoamericano. Toda la vida recordaría, por ejemplo, el homenaje que en su persona se hizo a la epopeya chilena de la *Esmeralda*: una tarde de primavera, en los primeros días de junio de 1879, cuando hasta ese rincón de Suiza llegó la noticia del sacrificio de Arturo Prat, todo el colegio desfiló ante él, como expresión de la simpatía mundial despertada por una hazaña cuyo valor pedagógico apreciaron debidamente sus maestros. Esa actitud de los condiscípulos europeos debió influir en la formación de su carácter.

En plena guerra del Pacífico llegó a Valparaíso, de retorno, conociendo tres lenguas de modo casi perfecto: francés, alemán e ita-

Isla Orrego (Chile), febrero 9 de 1949.

Señor don Joaquín García Monge.
Director de Repertorio Americano.
San José de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

En este dramático aislamiento en que vivimos los escritores de América Latina, uno de los pocos medios de comunicación intelectual —el más ilustre de todos, vale decirlo, y el más eficaz— es su Repertorio Americano.

Por ello acudo de nuevo a usted, para ofrecerle un trabajo inédito acerca de don Luis Orrego Luco, a quien críticos tan autorizados como Domingo Melfi y don Emilio Vaisse han considerado el primer novelista de Chile.

Acaba de morir y he juzgado útil reunir datos y antecedentes que puedan servir a futuros historiadores de las letras americanas, en compendiado ensayo biográfico y crítico.

Tal vez pudiera publicarse en tres o cuatro números.

Reciba, con renovado aplauso por su noble labor americanista, mi abrazo cordial,

E. ORREGO VICUÑA.

liano y, lo que es más interesante, sin que la propia hubiese pasado a segundo término. Le pusieron en el Instituto Nacional, donde permanecería un año, hasta completar los estudios secundarios; ahí obtuvo, en premio, algunas medallas de oro y plata con la imagen de don Andrés Bello, patrono de la educación pública oficial. Recibido de bachiller en Humanidades pasó a la Universidad de Chile, donde cursó estudios de Derecho hasta recibir el título de abogado.

Y comenzaron los años de mocerío en el viejo Santiago, donde todavía resonaba la voz y brillaba la acción cívica de Vicuña Mackenna, con cuya hija segunda había de casarse andando el tiempo. Era una capital bellísima, con profundo tono aristocrático, cuya Alameda, poblada de palacios y de estatuas de mármol esculpidas en la Francia del Segundo Imperio, deslumbrara a Darío.

Muy joven —la vocación intelectual se impone temprano en los países latinos— se entregó a tareas periodísticas, ingresando a la redacción de *La Epoca*, donde figuraban el futuro autor de *Azul...*, don Manuel Rodríguez Mendoza, don Alfredo Irrazabal Zañartu y otros escritores que hacían las primeras armas. Darío había llegado recientemente, con las magras carnes envueltas en una levita pasada de moda, y saldría llevando la maleta llena de ejemplares de sus primeros libros: era el fardo de la gloria...

Con Rubén, el "indio triste", trabó honda amistad, hecha de mutua comprensión y respeto, que, con las inevitables alternativas de los años en que la sangre arde, se prolongaría hasta la muerte del poeta, y más allá. Frecuentaron juntos las tertulias santiaguinas, singularmente la de Pedro Balmaceda en el palacio de la Moneda, donde con el hijo del Presidente y Alberto Blest Bascuñán, formaron un tercero de mosqueteros, al que se sumarían Narciso Tondreau, Alfredo Irarrazabal y otros artistas de la guardia joven. En ese medio, a la sombra del palacio de Toesca, Orrego enseñó a Darío las fórmulas del nuevo arte de Francia, con el pobre Lelian, Mallarmé y Rimbaud...

El poeta y el novelista se encontraron más tarde en la España finisecular, en andanzas diplomáticas, y ahí se reanudaron los viejos lazos. Cuando el poeta pensó regresar a la tierra de su iniciación, en el prematuro crepúsculo, fué para él el primer abrazo y el primer llamado. "Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo —le escribía de Montevideo el 30 de julio de 1912— después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas". El figuraba entre quienes "la gloria chilena debe coronar": "usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de estos últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho..."

Los primeros trabajos intelectuales que llevaran su firma mostraban ya el anuncio de las calidades que le señalarían como sumo maestro de la novelística chilena. Eran signo de vigoroso esfuerzo concretado a través de los puntos de una pluma elegante, fina, bien cortada. Se veían en esos escritos atisbos de una realidad a cuyo dominio sólo se llega en la madurez del dolor de la vida; había penetración psicológica, dón de amenidad, gracia y picardía, con el encanto seductor de lo joven. Escribía crónicas de arte, artículos intencionados, fantasías de tono romántico. Los primeros cantos datan de entonces y en ellos, notas de una alma embriagada por el descubrimiento de la vida, se advierten esas condiciones; varios, acaso los mejores, serían incorporados en Madrid a su primer libro: *Páginas Americanas*.

Los años respiraban plenitud. En el amanecer los colores tienen matices delicados y el paisaje, levemente, lentamente, va encendiendo sus tonos. Todo sonríe, todo parece nuestro. Nadie nos zahiere; no hay acritud en las miradas que salen al encuentro. ¿Por qué dudar de que es nuestra el Alba de Oro? Pero las sonrisas pasan, las mentidas benevolencias se encogen en un rictus, y he ahí la realidad, hosca, dura, que llega a envenenar las aguas del banquete. Cuando los oros de la mañana comienzan a palidecer, el hombre descubre la soledad y conoce el secreto que se esconde en el fondo de la copa. ¡Felices aquellos que retuvieron en la pupila algún perdido resplandor de la gracia del alba!

II

AL TRAVES DE LA TEMPESTAD

Desde su observatorio del Archivo de Gobierno, en el Ministerio del Interior, pudo presenciar los signos precursores del movimiento revolucionario que se gestaba desde hacía años, fruto del sordo descontento con que el país presenciaba la intervención oficialista en las elecciones. La Moneda tendía sus tentáculos por los más ocultos y distantes rincones y los poderes públicos se generaban a sí mismos con prescindencia de la voluntad nacional; este vicio, que venía acentuándose desde las elecciones presidenciales de 1876, en donde el Ejecutivo arrebató el triunfo a Vicuña Mackenna, Candidato de los Pueblos apoyado acaso por las cuatro quintas partes del electorado, cavaba el prestigio gubernativo, llegando a constituir estado de verdadera obsesión colectiva. El Presidente Balmaceda, que ocupaba el poder desde 1886 y cuya administración fué progresista, honesta y laboriosa como pocas, no supo o no pudo reaccionar contra prácticas que todos censuraban y cometió el error de estimar como atentatorias a las prerrogativas de su cargo las justas reclamaciones, que en el Congreso y en la prensa opositora revestían lenguaje de violencia. Las cosas llegaron a términos en que ya nadie quería ceder, ni dar oído a las voces de cordura que el Metropolitano Casanova pronunciaba desde el púlpito. Rachas de locura parecían sacudir a las gentes, oscureciendo la visión y exaltando los ánimos más templados. El 7 de enero de 1891, la Escuadra se levantó bajo el mando del capitán de navío don Jorge Mont, quien encabezó en Iquique la Junta de Gobierno de las fuerzas revolucionarias.

Había estallado la tempestad.

El joven literato, que escribía en *La Epoca* y cuya generosidad se sentía solicitada por

---

Mis versos

(En el *Rep. Amer.*)

Mi verso a manera de un arco triunfal
se alza majestuoso sobre los caminos
por donde sedientos de ensueño e ideal
sin cansarse nunca van los peregrinos.

Dentro de mi verso libre se levanta
como flor que brota de una evocación
mi espíritu y tierna con amor le canta
la ocarina de oro de mi corazón.

Mi verso es una ave sutil en el viento,
ave que en el pico de nívea blancura
sostiene la estrella de mi pensamiento
mientras lleva el ala con rumbo a la altura.

En mi verso vibran los dulces cantares
de las guzlas de oro de los ruiseñores;
vibran los cantares de montes y mares
ante la sorpresa de otros trovadores.

Mis versos expresan en ritmos supremos
la angustia, el enojo, la pena, la calma,
y dicen mil cosas que no comprendemos
en el más divino lenguaje del alma.

Mis versos son ojos que ven las cabañas
y siguen las huellas de los labradores;
andan silenciosos sobre las montañas
contemplando abismos y admirando flores.

Mis versos sonoros son trompas de guerra,
son claras proclamas de clarín tenaz,
y son los heraldos que cruzan la tierra
sembrando en los campos olivos de paz.

Se ensanchan mis versos amplios como el mar
y, ya son montañas o azules colinas
o, ya se convierten dentro del pinar
en los tibios nidos de las golondrinas.

Mis versos son hijos de mis emociones;
son los clavicordios de mis remembranzas
donde los teclados de mis ilusiones
al moverse tejen nuevas esperanzas.

Son, al recordarme mis pasados días
la cadena férrea de mi devenir;
son todas mis horas bellas y sombrías
que hoy al verlas juntas me hacen sonreir.

Son el suave incienso de mis oraciones
mientras —gato loco— va mi pensamiento
cazando entre flores gratas impresiones
con la garra de oro de mi sentimiento.

Mis versos son copas de cristal de Francia
temblando en las manos de rubias doncellas
mientras con la gracia que da la arrogancia
dejan que en las copas jueguen las estrellas.

Son espumas frágiles de aguas cristalinas
donde los remeros cantan barcarolas,
remeros que llevan por velas latinas
los blancos encajes que tejen las olas.

Son dulces alondras cantando en el nido;
suspiros de novia que espera y que ora;
son todo lo bueno que lejos se ha ido
dentro del pasado y el presente ignora.

Son las consecuencias de cavilaciones
que rondan en noches de largos desvelos
para que coronen mis meditaciones
con laurel de gloria todos sus anhelos.

Tristes palidecen si lloran las horas
o sonríen serenos marcando los pasos
que dan tras los montes todas las auroras
apagando estrellas y encendiendo ocasos.

J. Frc° VILLALOBOS ROJAS.

Zapote. San José de Costa Rica.

quienes invocaban el respeto a la constitución y a las leyes, reconoció filas en el vasto movimiento reformador que sacudía al país. Sus amigos tomaban las armas y él se embarcó cierta noche en un vapor que partía al Norte, ocultándose en las bodegas, con riesgo de su vida. Llegado a Iquique, el Gobierno revolucionario, cuya cancillería estaba a cargo del ilustre tribuno don Isidoro Errázuriz, le ofreció la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, destino que le abría temprano las puertas de la política, pero rehusó el honor, prefiriendo enrolarse en el ejército constitucionalista. Ardía la sangre en sus venas y quería vivir la peligrosa aventura. Terminado el adiestramiento, alcanzó por sus aptitudes el grado de Capitán en el Chañoral 5º de línea, regimiento al que cabría papel importante en la guerra civil.

Embarcado en la Escuadra, con sus tropas, descendió con ellos en Quintero, tomando parte, el... de agosto, en la batalla decisiva de Concon. En el curso de la acción recibió heridas, una de las cuales en la mano derecha, cuyo juego nunca recobraría por completo: era la réplica a aquella otra herida que en la izquierda recibiera Cervantes en la jornada de Lepanto.

El escritor, convertido en héroe, pudo actuar en la batalla como actor y testigo a la vez, pues recogía por todos sus sentidos las impresiones que andando el tiempo vaciaría en una de sus novelas más notables: *Al través de la tempestad*, donde se muestra, en relato de un realismo impresionante, lo que fué aquella jornada, la más dramática en la historia de las guerras civiles chilenas.

Herido, cubierto de sangre, con la espada empuñada en la mano izquierda, siguió a caballo, a la cabeza de sus tropas, dándoles ánimos con voz recia, que los padecimientos —verdadera agonía interior— no debilitaban. Pero los últimos impactos lo postraron y cayó, sin interrumpir las palabras de aliento, superior al dolor, impulsado por ese ímpetu interno que sólo conocen y pueden comprender quienes han vivido la realidad horrible de la guerra. "¡Adelante, muchachos! La victoria es nuestra... ¡Adelante!... ¡Adelante!..."

Se le creyó muerto y por las filas diezmadas pasó una ráfaga amarga. —"Lucho Orrego cayó como un héroe", decían sus compañeros de armas, en el vivac nocturno, después de la victoria. Le recogieron y fué conducido a improvisada ambulancia, en las casas de Concón. Más tarde, ocupado Santiago por las tropas vencedoras, le llevaron a su hogar, donde tuvo larga y difícil convalecencia. Era otro aspecto más del dolor de la guerra que penetraba a la sensibilidad del novelista.

III

*PRIMERAS ANDANZAS DIPLOMATICAS
LA ESPAÑA FINISECULAR
"PAGINAS AMERICANAS" Y
"PANDERETA"
EL BRASIL DE PEIXOTO*

En 1892, el apuesto Capitán de viva mirada y boca siempre presta a la sonrisa, ascendido a Sargento Mayor por su comportamiento militar, recibió nombramiento de secretario de la Legación de Chile en España, sin perder su rango en el Ejército. En la juventud las maletas viajeras siempre están prontas y el novel diplomático vió alejarse las costas de la patria con el corazón ancho. Después de la gloria de las batallas, ¿no le aguardaba, por ventura, esa otra más dulce de las letras? Iba a la conquista del mundo.

En la villa y corte no tardó en desempeñar la jefatura de su misión con el carácter de Encargado de Negocios. Antiguos conocidos le salían al paso. Ahí estaba Rubén Darío, su compañero de sueños. Pronto se le abrieron todas las puertas y las figuras principales de la España finisecular llegaron a serle familiares: Conoció a Cánovas del Castillo, fué amigo de don Juan Valera, que le dedicó gentilmente un ejemplar de *Pepita Jiménez;* frecuentó a la Condesa de Pardo Bazán en su casona, a Menéndez Pelayo, a Núñez de Arce, a don Ramón de Campoamor, el de las *Doloras;* intimó con don Manuel del Palacio. Iba de los viejos ilustres a los mozos en fruto, con curiosidad insaciable. La Castellana le vió en sus paseos de invierno, el Prado con sus tesoros de arte y Alcalá o la Gran Vía con sus cafés, en donde Madrid vaciaba el ingenio de sobremesa. Debió sonreirle la Reina Regente, doña María Cristina, que fué el mejor soberano de aquel siglo. Debió sonreírle la vida en el colmado bagaje de posibilidades y enseñanzas que guardan las viejas culturas.

Escribía. Escribía y soñaba. Algunas novelas cortas, cuentos a la francesa, como las *nouvelles* que Paría ponía de moda, vinieron a sumarse a las que había hecho en Chile y con lo que le pareció mejor compuso un libro que editó Fernando Fé en una edición similar a las de Clásicos Castellanos, donde alternaban Valera, Hartzembusch, el Duque de Rivas, Menéndez y toda la flor de la España fin de siglo. En *Páginas Americanas*, primera obra, con bautizo en la crítica madrileña y en las vitrinas de la villa y corte, brillaban muchas de las mejores cualidades que más tarde se expandirían en sus novelas: perspicacia, observación aguda, sal, amenidad y sobre ello, como velo sutil, ese vaho armonioso de la mocedad, con su encantador y delicado toque romántico. "Los americanos —escribía en el prólogo— tenemos, sin darnos cuenta de ello, un aire marcado de familia. No se trata ya del parecido natural entre personas de una misma raza y de origen común, sino de caracteres propios, de maneras de vivir y de pensar enteramente peculiares a nosotros, y que no existen en la madre patria, o porque se han borrado con el transcurso de los tiempos, o porque son productos exclusivos del medio americano". Decía de sus novelas: "El que las leyere no encontrará en ellas ni descripciones de nuestras montañas ni de nuestras selvas; eso queda para los poetas, y yo, desgraciadamente, no lo soy. Trato simplemente de percibir y de reproducir al vuelo un eco de drama, un sentimiento noble, una sensación brutal, un ensueño, una ternura, un egoísmo, un crimen de seda. Desearía hacerlo con la mayor suma de sencillez posible, como desprendiéndome de mi propia persona y aprovechando la trama de asuntos vulgares a veces para incrustar en ellos observaciones, ligeros apuntes cortados en la carne de la vida".

Entre esas *nouvelles* a la americana pudieran destacarse: *Una mujer admirable, La Joya, Doña Juanita, Viaje al Cielo, Angela, Los zapatos verdes* y *Sensaciones de batalla*, relato admirable, escrito tal vez en Santiago, donde por primera vez recogió, con la emoción fresca —tinta en sangre, si vale la expresión— sus recuerdos de guerra.

El éxito fué grande. Los aplausos brotaban por doquiera, los periódicos le aplaudían, en los salones había sonrisas de mujer. Mas, en lo mejor de su triunfo, como de ordinario sucede, hubo de hacer las maletas diplomáticas. Y siguió a Francia, —París fin de siglo—, a Inglaterra y a Italia, de cuyo emocionario ha quedado un raro folleto, de gran belleza literaria, donde se habla de las ruinas romanas captadas en un encanto casi intraducible.

Pero de la España, que le quedaría prendida por siempre a las retinas del recuerdo, hay otro libro suyo, que él tenía en mucho: *Pandereta*, dado a la estampa en Santiago, en 1896. En sus páginas hay una visión general del Madrid que vió y conoció; por ellas desfilan muchos de los hombres notables de aquel tiempo, con sitios, calles, costumbres y modas. Un breve período de la vida madrileña aprisionado en las cautivadoras páginas de un libro evocador.

El diplomático, trasladado a Brasil, conoció Río de Janeiro en el tiempo del mariscal Peixoto. Había terminado hacía poco el Imperio, con la caída de don Pedro II, cuyo largo reinado fuera pacífico y progresista como pocos. Hallábase gozando del encanto de la ciudad antigua, engastada en la bahía de magia tropical, cuando surcaron las aguas los fuegos de artificio de una nueva revolución. En su casa recibió asilo una de las figuras más connotadas, el ilustre orador Rui Barbosa.

(Pase a la entrega siguiente).

Los Maestros y sus doctrinas

(En el *Rep. Amer.*)

Si todos, exclusivamente todos los instructores divinos de esta humanidad volvieran a visitarnos, y cotejaran lo que existe como doctrina salida de su intelecto, quedarían asombrados, pues con dificultad podrían reconocer como auténtico lo que se les atribuye.

Y para colmo de desorientación, casi ninguno, excepto Mahoma y Zoroastro, dejó nada escrito: todos comunicaron sus mensajes oralmente, y sea Buda, Sócrates o Kapila, fueron interpretados por discípulos contemporáneos y en los comentadores posteriores hay o excesivo afecto o temerario escrúpulo, defectos, ambos, que entorpecen la búsqueda de la prístina verdad. Así resulta que nadie sabe lo que realmente quería decirnos el enviado de los dioses en lo tocante a lo medular de su doctrina. El ejemplo lo tenemos en el príncipe Sidharta, el Buda.

Ante aquella casta sacerdotal hermética a cualquier avance social y humano, que en Los Sutras tenían hasta reglamentado lo que cada uno había de pagar por tal o cual servicio, se levanta el joven Príncipe con valentía humilde: renunciando a sus prerrogativas muy apreciables para romper con la cerrazón de las castas, pasándose a la más humilde, y trabajando para todos, nobles y los que no lo eran. El mismo mendiga para comer.

Su doctrina se funda en sofocar el deseo para matar el dolor. El que logra desterrar el deseo por completo, consigue la felicidad, y el máximo bienestar está en el nirvana. Ahora bien, ¿qué es el nirvana? Esta es la cuestión. Para muchos —y creo que son los más acertados— es la absorción por el Gran Todo; para otros —muchos con prejuicios indesterrables— es la aniquilación. ¿Quién convence a quién? Es bien difícil saberlo, porque por orientalista que uno sea, por sánscrito, palí, tibetano, singalés y birmano que sepa, tienen que contentarse unos y otros en estudiar obras que datan de una fecha muy posterior a la muerte de Buda, obras que contienen, inevitablemente, desviaciones sectarias del pensamiento directriz del Maestro.

No podemos admitir la doctrina del aniquilamiento, de la nada, porque, primero, cree en la indestructibilidad de la materia, en la continuidad de la naturaleza y, después, porque una moral tan severa —nunca superada— que tuviera como conclusión la nada, no hubiera podido nunca arrastrar a más de cuatrocientos cincuenta millones de prosélitos, el 31%, aproximadamente, del total de la población de la Tierra. Claro que tenemos en cuenta que la revolución causada por Buda no fué tan religiosa como social.

Además, si aún no se ha podido apreciar la fecha de su nacimiento, ¿qué de extraño tiene que se interpreten mal sus postulados? Los mismos vituperados por él, podrían haber logrado introducir en ellos las conclusiones que hoy desorientan. Nunca podían perdonar, aquellos bramanes hipócritas, que se les dijera interesados, apegados a los honores humanos, y orgullosos.

El código budista había de promover una verdadera revolución social de alcances enormes. En medio de aquella miserable desconsideración humana, la vida y la doctrina del Buda —El Iluminado— había de conmoverlo todo. El mismo Barthelemy Saint Hilaire admite: "No dudo en añadir que, salvo Cristo únicamente, no hay, entre los fundadores de la religión, figura más simpática que Buda. Su vida no tiene mancha. Su constante heroísmo iguala su convicción, y si su teoría que predica es falsa, *los ejemplos personales que da son irreprochables.* Es el modelo acabado de todas las virtudes que predica; su abnegación, su caridad, su inalterable dulzura no se desmienten un solo momento. Abandona, a los veintinueve años, la corte del Rey su padre para hacerse religioso mendicante; prepara sinlenciosamente su doctrina con seis años de retiro y meditación; hace propaganda con sólo el poder de su palabra durante más de medio siglo, y cuando muere en los brazos de sus discípulos, lo hace con la serenidad de un sabio que ha practicado el bien toda la vida y está seguro de haber hallado la verdad".

Si entre el contenido doctrinal del Santo existe la reencarnación y la persistencia personal después de la muerte, ¿cómo podemos entender por aniquilamiento el nirvana? Lo que es de lamentar es que la leyenda, siempre la leyenda, perturbe la serenidad de la historia. En la vida de los grandes hombres, tanto aquellos que fueron hace milenios como los que apenas dejaron este mundo, hay, desgraciadamente, la parte legendaria que tanto estorba a los que buscamos la verdad. Lo mítico desplaza a lo histórico.

Buda, no sólo echa al suelo todo aquel panteón indio que daba ocupación a la vasta casta sacerdotal, succionadora de las otras castas; no sólo proclama que no hay Devas; que los templos son innecesarios; que el culto ha de ser interno, que la humildad ha de tener por base la pobreza, sino que corta el nudo gordiano de la cerrazón de castas y habla a los desheredados igual que a los potentados; pero, con todo y este movimiento portentoso, si el término de la vida o vidas había de ser la nada, no hubiera logrado despertar el interés de tantos millones de hombres y menos inspirar la fe de aquellos peregrinos budistas que recorrían leguas y leguas, atravesando desiertos y escalando cimas eternamente nevadas sólo para conocer los lugares frecuentados por el Maestro Venerado, entre cuyos peregrinos se debe recordar a Hiuen-Tsang, chino que fué a la India en 629 de nuestra Era, y cuya vida y hazañas fueron estudiadas por Stanislas Julien, en su libro *Historia de la vida de Hiuen Tsang y de sus viajes a la India,* obra que no sólo tiene interés histórico-religioso, sino geográfico, social y político, pues recoge todo lo que el peregrino dejó escrito acerca de tales aspectos de los lugares visitados.

La doctrina de Buda es todo un trazado filosófico. Aquella libertad, tan discutida, condicionada por el destino, ¿no es inherente a la existencia? La existencia, ¿será fruto de un deseo? El deseo, ¿no daría lugar al nacimiento? El nacimiento, ¿no es la causa del dolor? ¿No seremos nosotros mismos los que según los deseos trazamos la senda de nuestra vida? He aquí unas conclusiones que se le acuden al pensador ante el dilema del nirvana de ser o no ser.

Lorenzo VIVES.

Finca *Monticel.*
Cervantes. Costa Rica.
Julio de 1949.

Así la aprecio

(En el *Rep. Amer.*)

En un mundo enfermo de rencor y malsanas ambiciones, fría oscuridad de un mundo sin amor, la señora Fresia Brenes de Hilarov, nos entrega su alma ardiente, en sus límpidos versos.

Amor filial y fraternal; unión perfecta con el amigo, el escogido; espíritu sensible para toda injusticia; pupila alerta para todo lo hermoso.

El padre, poeta y filósofo. La madre, santa y devota de los ausentes. El paisaje familiar: los geráneos de sangre, el sol meciéndose en las plantas de maíz, el pino plumoso, las rosas rosadas, la humedad del césped. El perfume del hogar doquier presente.

Pero lo que más emociona de esta delicada poetisa, es el cálido recuerdo para los hermanos idos.

"Sola".

Sí, sola aquella que tuvo cuatro hermanos bellos, alegres, y tan amados. Luz para su vida.

Una a una se apagaron las estrellas. El corazón en noche. El espíritu a ciegas buscando un asidero.

¿Dónde están los compañeros de viaje?

¿Con quién ensayar el vuelo? ¿Para quién la confidencia pueril? La ilusión temprana, ¿compartida con quién?

Unica para escalar el monte, única para cruzar el río, única para contemplar la aurora.

"Hiram".

Callado despetalar de la nieve. Ella presente, la insaciable. Sollozo encarcelado. Suspiro el último. Amadas manos del hermano, blancas y dormidas.

Desolación, amargura de lo amargo, sudario de angustias cubriendo el mundo todo.

Mas la vida estaba ahí. En la noche larga de su pena, nuestra hermana, Fresia Brenes de Hilarov, enciende los luceros de su canto, y artista alada, en su Sinfonía Lírica se remonta, con los amores puros, sus dolores grandes, y la belleza eterna.

Alicia CASTRO ARGUELLO.

San José, Costa Rica.
Mayo. 1949.

"Los cuentos de mi tía Panchita"

(En el *Rep. Amer.*)

(A la memoria de *Carmen Lyra*).

Allá en las postrimerías de la administración Cortés, cuando el Gobierno resolvió levantar la pena que me había impuesto por mi decidida conducta de estudiante "revoltoso", inicié la carrera en el Magisterio yéndome a trabajar a una escuelita en el corazón de las montañas del Sur, en la ranchería de Bijagual Abajo, a tres horas de Santiago de Puriscal. Entre los bártulos de mi equipaje se encontraba un libro de *Cuentos de mi Tía Panchita* que yo había metido en la balija sin prever que iba a constituir un tesoro inagotable de agradables emociones para los corazones infantiles y adultos de los sencillos habitantes de aquel apartado lugar. El pueblo estaba formado por unas tres docenas de ranchos tirados al azar sobre la abrupta topografía surcada por infinidad de trillos que subían caracoleando las lomas, bajaban en zig-zag a las cuencas enmarañadas de matorrales, penetraban en la húmeda oscuridad de los bosques y descendían a los llanos, atravesando yurros y quebradas, uniendo rancho con rancho a manera de agujas que cosieran con puntadas fraternales la unidad de la familia campesina.

Me llamó la atención la escuela construída por los propios vecinos. Le faltaba una pared; el piso era de tierra y los muebles toscos y anti-higiénicos. Con todo y eso, se alzaba como un símbolo del esfuerzo de aquel pueblo que a la sazón no tenía iglesia ni pulpería.

Nunca olvidaré a los niños: caras sonrosadas por el sol de los caminos, pantalones media pierna, sombreros de paja y machetes a la cintura que dejaban en la puerta de la escuela después de haber gritado el "buenos días".

Poco después de iniciadas las labores, leí el primero de los Cuentos de mi Tía Panchita. Indescriptible fué la alegría reflejada en los rostros de los pequeños, que con los ojillos vivaces y la sonrisa a flor de labios, seguían paso a paso las peripecias del astuto Tío Conejo. Al siguiente día, terminadas las labores, observé que uno de los niños se me acercaba en actitud de decirme o solicitarme alguna cosa. Interrogado, me contestó balbuceando:

—Mi mamá dice que si usted le puede hacer el favor de prestarle el libro de cuentos.

Y poco después recibí de manos de otro alumno un papel, escrito a lápiz con caracteres grotescos casi ininteligibles, en el que se me invitaba a un rosario que habría de celebrarse por la noche. Se me rogaba, eso sí, que llevara el libro de cuentos que ya conocían por referencias.

Y aquella noche, después de haber caminado dos kilómetros por uno de tantos trillos, alumbrándome a medias con una linterna, llegué a la casa del rezo. Se trataba de la vela del "Santico", una imagen de colores chillantes enmarcada con verolices, que recorría el pueblo de rancho en rancho una vez por mes. Me colmaron de atenciones y haciéndome pasar al interior tomé asiento cerca del altar donde estaba el "Santico" alumbrado por dos velas de esperma y adornado con gladiolas y reinas de la noche. Pude enterarme, un poco turbado, que era objeto del examen de todos los presentes y que a través de las rendijas de la pared que separaba la sala de la cocina, me acechaban multitud de pupilas de mujeres que no se atrevían a descubrirse. Después del oficio religioso, cuando todos los presentes hubieron consumido el café y el tamal asado, alguien en voz alta anunció que el "mestro" iba a contar un cuento. La sala se llenó entonces de gente y se hizo un vacío en el murmullo reinante. Me decidí a hablar. Dije unas cuantas palabras alrededor del libro que tenía entre las manos y acto seguido comencé la lectura del cuento titulado "Uvieta". Todos seguían atentos el relato; los lapsos de silencio profundo alternaban con risas y comentarios breves que recorrían toda la casa, desde el corredor hasta la cocina donde estaban apiñadas las mujeres. Luego vinieron otras narraciones, la de Tío Conejo y Tío Tigre, la de El Tonto de las Adivinanzas, la de El Cotonudo, etc., etc. Fué una noche inolvidable en mi incipiente carrera pedagógica, a partir de la cual el libro de *Cuentos de mi Tía Panchita* inició su larga peregrinación llevando jocosidad a todos los hogares, enlazando, como los trillos, a la familia campesina con su mensaje de alegría.

Terminado el curso lectivo, y de regreso en la casa, mi madre que me ayudaba a desocupar las valijas, me dijo:

—Muchacho, ¿qué es esta porquería que traes aquí?

Y haciendo una mueca de asco sostenía entre el pulgar y el índice algo que parecía haber sido libro en otro tiempo. Se trataba, en efecto, del ejemplar de los *Cuentos de mi Tía Panchita*, sin cubiertas, totalmente sucio, con las puntas de las hojas enrolladas como flecos y lleno de manchas. Aquel libro había pasado página a página por las manitas precozmente endurecidas de los niños; había sido tocado por las toscas y sudorosas manos de los labriegos y por las manos infatigables de las mujeres. Había recorrido todos los caminos y penetrado en todos los hogares. Por eso estaba así, curtido, como los rostros de los campesinos. En sus hojas estaba impreso, en forma de manchas, el vapor caliente del rústico trapiche, el tibio vaho de los bueyes, el sabor de la caña de azúcar, el crujir de los bambúes, los colores de la carreta, las granzas aventadas del arroz, el olor sofocante de las hojas de tabaco, el barro y el polvo de las veredas. Toda el alma de Bijagual Abajo estaba condensada en la suciedad de aquel libro maravilloso.

Compañera Carmen Lyra: He escrito estos recuerdos a tu memoria. Es probable que aquellas buenas gentes del lejano caserío de Puriscal, que tanto se deleitaron con tus preciosos cuentos, ignoren que tú, para vergüenza de la Cultura, moriste en el exilio, lejos de la Patria que tanto amaste. Pero va vendrán días mejores. Entonces contaremos en todos los rincones del país un nuevo "cuento": la historia de tu vida de mujer noble y generosa, de maestra abnegada, de escritora genial y de militante prominente del Partido del Pueblo.

Edwin MADRIGAL.

Caracas, julio de 1949.

Voces nuevas de la poesía costarricense

(En el *Rep. Amer.*)

ALGUNOS POEMAS
de Warren BONILLA ANTILLON
(De un libro inédito: *Lejanía*)

CUANDO QUIERAS...

Cuando quieras un amigo
búscalo blanco o negro.

Cuando quieras una amiga
déjala que venga.

El corazón de los hombres
siempre se encuentra escondido.
El alma de las mujeres
tiene el cerrojo perdido.

Cuando quieras tú un amigo:
sonríe...
Y, cuando quieras tú una amiga:
huye...

LLAMANDO

Toca la campana y llama de prisa.
Cuánto me gusta oírla.
Son tus manos flores cascabeleras
que agitan el aire con gritos de fiesta.

Suena la campana. Yo lo necesito.

Todo el corazón me estalla
cada vez que oigo tu campana blanca.

Si así llamara el amor.
¡Ah! Si así llamara el amor...
Todos sabríamos dónde está la amada,
pues la campanita llamaría al pasar.

RENOVARSE

Miedo hacia la vida...
No.
Miedo hacia la muerte...
No.
Vida y muerte van unidas
como fulgores perdidos
en la humana existencia.

Vivir... ¿Quién me dijo que viviera?
¿Quién me pidió que llegara
a esta vida que me empuja sin descanso?

Morir... Quién me dirá que me vaya,
si a la sombra de la vida
la vida misma comienza.

La existencia es infinita
no comienza ni termina...
Sólo pasa. Sólo sigue. Sólo llega
y, pasa... pasa... pasa...

POEMA DEL HIJO
QUE NO HABIA ENCONTRADO MADRE

Y mi hijo te buscaba,
a través de las tinieblas
de la noche y de los cielos.

Y mi alma te buscaba,
en el corcel de deseos
por los mundos, por los días.

Y los dos te buscábamos.
En las noches del ensueño
te buscábamos... te buscamos.

Y tu ausencia: yacías loca;
sola, sola por los cielos
nos buscabas, nos buscabas.

Hoy mi hijo te ha encontrado
en la noche de tu cielo,
y está quieto, está callado,
en espera de la luz, de la luz que no [ha llegado.

VITA NOVA

Morir... morir... morir.
Irse sin retornar jamás.
Barco en lo profundo,
quilla rota, proa sin mundo.

Morir, y esconderse por el bosque
para volver al viento, ¿para llegar adónde?
Silencio de las almas,
mirando, hacia las almas;
como otras siguen solas
por la región de calmas.

Morir, morir, morir,
¿para llegar adónde...? ¿con qué fin?

Morir... morir... morir
y, al fin... morir.

LOS MILAGROS DE CRISTO

Una composición que dedico al señor Director del Repertorio Americano.
—D. Argüello A.

Sobre áridas arenas del desierto
Jesús calmó la sed con su alma pura,
en un Mundo pagano cruel, incierto,
que devolvió crueldad a su ternura.

Lo había enviado Dios, Su Padre Eterno,
a padecer del látigo la Insidia,
mas predicó a los hombres sobre el yermo
contra el mortal pecado de la *envidia*.

¡Miradle! ¡Es el Rabí!, gritaba el pueblo,
¡llamadle que nos sane de esta herida!
Mas éstos arrastraban por el cieno
la *injusticia* maldita y la *perfidia*.

Mas Cristo esta verdad adivinaba
sabía lo que había en cada Mundo...
mas por amar al Padre les curaba
y daba vida al cadáver neauseabundo.

Y un grito se oyó: ¡Salva a mi hijo!
¡Tú que todo lo puedes, dadle vida!
Mas Cristo Redentor así le dijo:
Levanta y busca de nuestro Dios la guía.

¡Tú me puedes salvar!, grita un tullido;
una palabra tuya basta y sobra!
Mas Cristo continuando con su Obra,
le deja ante la vida, sano, erguido.

En el desierto sacia a los hambrientos
con su sublime hablar, con pan y peces,
multiplica los cuatro en muchos cientos,
y les da con amor las ricas mieses.

Y perdonó a la gente sus pecados,
resucitó las almas del pagano,
llevó hasta su rebaño a los malvados
y les quitó las manchas con su mano.

Mas cuando el pueblo cruel le crucifica
óyesele decir con fe y con calma:
Tengo una sed que el cuerpo mortifica,
y esa Sed... es por salvar vuestra alma.

Didier ARGUELLO A.

San José, 4 de febrero de 1949.

Venezuela ante las NN. UU.

(En el *Rep. Amer.*)

El Comité General de la Asamblea está ya considerando la inclusión de la denuncia hecha por Rómulo Gallegos, Eloy Blanco y Rómulo Betancourt a la violación de los Derechos Humanos en su país. No es secreto que el Uruguay batalla por presentar los hechos tal como han acaecido, y que uno de sus Delegados ante las Naciones Unidas partió para Montevideo en busca de instrucciones precisas. Hay comisiones que aún se muestran parcas en sus manifestaciones. Alegan que les apremia otro trabajo, y dando un paso lateral, evaden al corresponsal en busca de información. Por cierto que cuando se les inquiere qué resultará en el caso de España y cómo votarán, responden: "Favorablemente". Y ya atrapados: "¿Favorable a qué?", se enfrascan en galimatías estultas.

Lo extraño de estos casos —el de Venezuela y el de España— es que aun en el seno de cada delegación hay opiniones encontradas enconadamente. Claro está que a la postre votarán tal como se los ordenen sus respectivos Departamentos de Estado. Pero por la responsabilidad que ello implica, precisa apuntar que hay representantes —propietarios y alternos — que se oponen rotundamente a soslayar las acusaciones contra el régimen militar de Delgado Chelbaud y no pretenden tampoco aceptar la proposición del Brasil, reformando el acuerdo de 1946 contra el régimen de Franco.

Cuando se pusieron a voto final las proposiciones de Cuba, Bolivia y Australia, el delegado de Delgado Chelbaud, previendo que se aprobase una declaración similar contra el régimen que representa, no votó. Y es de notar que las naciones que mantienen gobiernos militares en Hispano América, a despecho de haber pedido en la Asamblea General la inclusión del caso Midszenty, en el Comité Ad-Hoc, se abstuvieron. Y las grandes potencias: EE. UU., Rusia, Inglaterra, fallaron en contra de la nominación de una comisión de once delegados para investigar el asunto, y aprobaron la resolución final, que a la postre no tiene valor efectivo alguno, excepto el que pueda acarrear el prestigio y potencia de la Asamblea.

Hay quienes quieren, en caso de que sea inevitable la inclusión de las acusaciones de Gallegos, Blanco y Betancourt en la agenda, eludirlas del mismo modo. Pero es menester reparar, inmediatamente, que no hay manera de comparar los dos acontecimientos. En uno se adujo, y aparentemente se convenció por la votación, que el caso Mindszenty era de jurisdicción interior, dado que había sido juzgado por tribunales competentes, etc. Pero en

el incidente de Venezuela otras cosas acaecen: la carta de Gallegos y Eloy Blanco es bien explícita: al darse el golpe militar se violaron "los principios consagrados por las naciones del mundo para el resguardo de la seguridad, de la libertad y de la dignidad humanas". El Presidente de la República, Senadores, Ministros y agentes de toda clase fueron encarcelados sin formulación de causa. Y el reciente cable anunciando la libertad de unos cientos de presos políticos, no hace más que confirmar el estado de agitación y de temor en Venezuela. Leyendo la lista de los interesados en las cárceles se percata uno de que está incluído todo el que tiene algún valor político o intelectual.

La comunicación enviada al Secretario General de las Naciones Unidas, fué acompañada por una relación parcial de los apresados. Y el hecho anunciado por el mismo Delgado Chelbaud, de que algunos de los prisioneros fueron libertados, evidencia irrebatiblemente el delito cometido por su régimen. No es posible mantener un gobierno en permanente estado de coacción, ni puede restringirse indefinidamente a quienes gozaron del voto y de un mandatario electo por gran mayoría y agasajado por los hombres de más temple de la América Hispana. Y fueron éstos los que al consumarse la fechoría, se agruparon alrededor de Gallegos para ofrecerle su apoyo moral: Iduarte, Arciniegas, Ortiz, *Cuadernos Americanos, Bohemia*, y cientos otros que anónimamente, sin ser venezolanos, ofrecían su modesta ayuda al magistrado depuesto.

Y es esto lo que interesa: el asunto de Venezuela, ahora, es ya patrimonio de la América entera. Lo que en ella acontezca nos incumbe a todos. Si por un acaso, la administración militar logra estabilizarse, habrá sido un daño de inconcebibles consecuencias para nuestros países. Si retorna a Venezuela un gobierno popular, que respire y huela a pueblo, que sienta como pueblo y que actúe como pueblo —tal como la inició el del Presidente Gallegos— se habrá dado un estímulo inconmensurable a las naciones que se devanean entre un gobierno civilista y el halago a las castas uniformadas. De militarismo ya estamos hastiados en América, y su persistencia aniquilará permanentemente lo que de vitalidad queda. El caso de Venezuela es el caso de América. Librémosla de su estado y habremos allegado una de las mejores victorias.

En Lake Success la pregunta es: ¿está ya incluída Venezuela en la Agenda? A un indio vi que se preocupaba por la carta que se le envió al Secretario General, Trygve Lie. Es responsabilidad que no puede evadir país alguno. Hay cosas que aun en política internacional, donde se cuentan con mucha cautela los pasos, no son para rehuídas: ésta es una de ellas, especialmente para naciones como las nuestras, directamente interesadas y sufrientes en muchos casos.

Comprendo que les sea fácil a ciertos delegados regodearse en el salón de descanso y aparejarse un cocktel sabrosamente, mientras que tras de sí queda la responsabilidad de votar por una causa digna y legítima de defensa. Entiendo que a otros les resulten indiferentes las penalidades de las gentes, por estar ya endurecidos en la práctica diplomática, y que haya quienes sonrían ante la proposición venezolana de Gallegos, Blanco y Betancourt... De esos nunca se ha esperado nada... Nos interesan los que en verdad aún tienen vívida la angustia de los países constreñidos por la dictadura militar; los que no abandonan el ruego cálidamente humano de ex-funcionarios gubernamentales...

Sé muy bien que la Asamblea General tiene poderes sólo para recomendar, pero una recomendación de la Asamblea de las NN. UU., en estas horas, sería el aliento mejor que Venezuela y el Perú y algunos otros países podrían recibir ahora. Y no puedo comprender que haya quiénes aduzcan sutilezas reglamentarias para desechar la petición.

Roberto ESQUENAZI MAYO.

Lake Success, N. Y.
Abril 29 de 1949.

Décimas a la muerte de mi hermano Gustavo

(En el *Rep. Amer.*)

Llegó el viento, y en el viento
la voz de todos sabida,
y en un silencio de herida
se fijó el presentimiento.
Con una voz de lamento
pedí esperanza de verte,
pedí a mi Dios de tal suerte
que en un sonámbulo estado
miré tu rostro extasiado
en vísperas de tu muerte.

Te sentí llegar tan quedo
por debajo de la alfombra,
sentí crujir en la sombra
el esqueleto de un dedo;
sentí que tu paso ledo
se quedaba al fin inerte,
y me quedé de tal suerte
que en un silencio absoluto
sentí en un breve minuto
la intensidad de tu muerte.

Estabas en el escaño
como estatua de papel,
en una actitud tan fiel
que por fiel hacía daño;
eras la sombra de antaño
y así pude retenerte
en mi interior de tal suerte
que nada podrá tocarte,
y lograré recobrarte
de los brazos de la muerte.

¿Cómo irás por las oscuras
regiones de lo ignorado?
¿Cómo irás abandonado
por las supremas alturas;
si todas las criaturas
se conduelen de tu suerte
y quisieran retenerte
junto a la selva florida
que hay más allá de la vida
y más acá de la muerte?

¡Ay, visión de oscuridad!
¡Ay, sombra de cielo puro!
Verdad que estaba maduro
el fruto de tu heredad,
pero va mi voluntad
con un designio tan fuerte,
atada a ti de tal suerte
que en esta lucha sin par
te lograré arrebatar
de los brazos de la muerte.

Y si fuera la fatal
sentencia por Dios fallada
que por esa encrucijada
vaya tu sombra mortal,
purificado de mal
pueda mi amparo ofrecerte
e ir contigo de tal suerte
que por designio divino
se nos ofrezca el camino
que no transita la muerte.

El camino precursor
de aquella tierra anhelada
en que la huerta sellada
nos ofrezca su frescor,
en que no exista el pavor
de que yo vuelva a perderte,
en que pueda poseerte
con suprema plenitud
sin que nos cause inquietud
el recuerdo de la muerte.

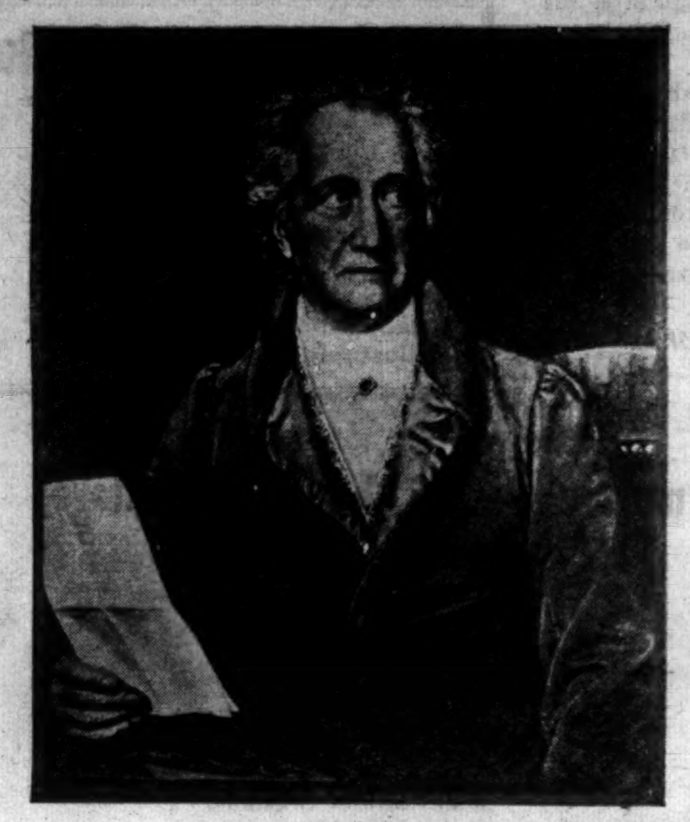
Allí contigo tendré
lo que me vedó la ausencia;
la continuada presencia
de tu sér recobraré;
allí contigo veré
la manera de saberte
integrado de tal suerte
a esa indisoluble unión
que empezó en la concepción
y no terminó en la muerte.

Allí veremos los dos
a nuestras sombras amadas,
siendo ya recuperadas
por la voluntad de Dios;
allí escucharás la voz
que mayor dulzura vierte,
que supo reconocerte
como al hijo lacerado,
cuando ibas abandonado
de la mano de la muerte.

En el lazo maternal
volveré a hallarme contigo,
en la cuerda del ombligo
hallaremos la señal
de que lo más esencial
es la sangre que se vierte
en ese designio fuerte
con que Dios nos concibió
y armas de fuego nos dió
para triunfar de la muerte.

A. TORRES-RIOSECO.

Abril de 1949.
Berkeley, Calif.



Goethe

(Cuadro de *Stieler*).

El bicentenario de GOETHE

EVOCACION DEL GLORIOSO POETA Y POLIGRAFO ALEMAN, A TRAVES DE SUS *"CONVERSACIONES"* CON ECKERMANN

Por *J. CONANGLA FONTANILLES*

(En el *Rep. Amer.*)

Ciento veinticinco años atrás, con anticipación y clarividencia asombrosas, predijo y describió Goethe las horribles crisis actuales del mundo humano, y aconsejó soluciones adecuadas.

Los manes de la histórica ciudad de Francfort sobre el Mein, donde nació Goethe, deben sentirse al presente angustiados, inquietos, presa de hondas y sombrías preocupaciones, en contacto con los efectos horribles que la segunda guerra de Europa desató contra Alemania y contra el mundo humano en general, por culpa de los inconcebibles y monstruosos crímenes guerreros del militarismo teutón, en consorcio con las absurdas ambiciones de la locura hitlerista.

Cuando Goethe nació en Francfort, el 28 de agosto de 1749, "al sonar las campanas de mediodía", la constelación planetaria no pudo serle más favorable, según él mismo descubrió, años después. Y en estos días, quién sabe si también por influencias ocultas en las circunstancias astronómicas, quizá le corresponda igualmente a Francfort otro designio trascendental: el de ser la cuna de una nueva Alemania, como la desean los amantes del progreso, de la paz y de la civilización en todos los órdenes humanos, nacionales e internacionales.

Por esos antecedentes, el mejor y más oportuno homenaje que pueda ofrecerse a la gloria de Goethe, con motivo del bicentenario de su nacimiento, y aun a la memoria de cuántos otros grandes hombres personificaron las excelencias legítimas del pueblo alemán, tal vez consista en formular ardientes votos porque se produzca lo antes posible el renacimiento salvador de las energías espirituales de aquel gran pueblo, inconfundible con los abominables caudillos paranoicos que en sucesivas revanchas lo han abocado a tentaciones funestas y a severos desastres.

Para bien de Alemania y del mundo civilizado en general, ojalá se produzca, bien pronto, esa rehabilitación provechosa; y ojalá, también, que el renacimiento colectivo de las mejores energías alemanas contribuya, cívica y resueltamente, a dificultar y en última fase a impedir que pueda imponerse contra la dignidad y la vida de numerosas naciones privadas ya engañosamente de sus autarquías, otra avalancha monstruosa de índole demoníaca semejante a la del hitlerismo, la cual resultaría, a la postre, sin duda, mucho más desesperante y horrible que la teutónica contra los valores más esenciales de la humanidad y contra las normas imprescindibles de la convivencia civilizada.

Con motivo del bicentenario del nacimiento de Goethe, se rememora en estos días la personalidad extraordinaria eminentísima de aquel gran hombre, tan justamente estimado y admirado de sus coetáneos y de los estudiosos futuros, por la excelencia de sus producciones como por la prestancia de su magnífico carácter; por la serena y augusta ecuanimidad de su espíritu; por su culto siempre entusiasta y ardoroso a los encantos de la belleza, en todos los aspectos tangibles y emotivos de la misma; por sus afanes persistentes para estudiar y descubrir los enigmas de la Naturaleza, así como las recónditas profundidades del alma humana; por sus anhelos insaciables de investigación y de superación en todas las ramas del saber.

Cada una de sus obras revela, en efecto, la claridad intuitiva, la penetración acerada, la serenidad majestuosa del fulgente espíritu de Goethe. El *Fausto*, que empezó en edad madura y terminó a los ochenta años, mueve a reflexión "sobre todo y algo más que todo", según él mismo advirtiera. Las páginas de *Werter* describieron, en humanísimas confesiones, la crisis desesperante de la juventud romántica selecta de su tiempo. En *Afinidades electivas* dejó un profundo análisis sicológico sobre la amistad sin convencionalismos. En su concepción poemática *Herman y Dorotea* exaltó las puras emociones del amor recíproco; y puso en ese poema sinceridad tal, que el propio autor declaró no serle posible releerlo sin conmoverse. *Eridón y Amina, Efigenia en Táurida, Elegías Romanas, Epigramas Venecianos, Baladas*, son encantos de inspiración, de belleza literaria y de poesía perdurable. Todas y cada una de esas obras, así como *Poesía y Verdad* (Memorias íntimas), *Teoría de los Colores, Metamórfosis de las plantas*, y otras más, señalan las proyecciones luminosas de su genio.

Pero existe un libro que, sin ser suyo, revive, no obstante, la personalidad inmensa de Goethe, pues refleja el carácter, los sentimientos, las convicciones, el espíritu inmortal, en suma, del glorioso poeta y pensador, con acierto más preciso y atrayente, a menudo, que en sus creaciones propias. Las rutilantes facetas del estro y de la emotividad muy humana pero siempre noble y exquisita de Goethe fulguran en ese libro maravilloso, de sugestión imponderable para generaciones cultas sucesivas. Ese libro excepcional contiene las *Conversaciones con Goethe* tenidas por su discípulo y secretario Eckermann, durante la última década de la vida del genio. En esas páginas deliciosas se escuchan confidencias casi diarias de Goethe: juicios, reflexiones, comentarios, filosofías, recuerdos anecdóticos, ocurrencias y enseñanzas del genial observador, a propósito de los más diversos temas —profundos o corrientes; o en torno a circunstancias, personas, teorías, problemas, aspectos, vicisitudes o cosas que han sido y continuarán siendo motivos de inagotable preocupación por las inteligencias cultivadas.

Hasta predicciones asombrosas de Goethe fueron transcritas felizmente por Eckermann, entre ellas la que expuso en 1824, con claridad intuitiva sorprendente, sobre lo que en el mundo habría de ocurrir en épocas futuras. Vea el lector cómo las siguientes palabras (recogidas devotamente por Eckermann, de labios de Goethe, ciento veinticinco años atrás), se ajustan, con precisión exacta, a las realidades angustiosas de nuestros días; y cómo se deducen, de tan clarividente vaticinio, admoniciones sabias, prudentes y oportunas para orientar el mundo humano internacional hacia nuevos y salvadores designios:

"Lo que en los próximos años haya de suceder, no puede predecirse; pero me temo que no alcanzaremos muy pronto el sosiego. El mundo no puede conseguirlo; los grandes no lograrán impedir que haya abusos del poder, y la masa no se conformará con un pasar modesto, en espera de mejoras lentas. Si pudiese hacerse perfecta a la humanidad, sería también posible llegar a una organización perfecta; pero como no lo es, las cosas seguirán en una situación de perpetua alternativa: una parte de la humanidad sufrirá, mientras la otra viva en el bienestar; el egoísmo y la envidia no cesarán en su labor perturbadora, y la lucha de los partidos no acabará nunca. Lo más

(Concluye en la página 266)

Revaloración de RUBÉN DARÍO

(En el *Rep. Amer.*)

La poesía de Rubén Darío. Por Pedro Salinas. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1948: 294 páginas.

Exceptuados Domingo F. Sarmiento y José Martí, es probable que no exista otro escritor en América sobre el cual se haya escrito tanto como Rubén Darío. Y si aquéllos reclaman la primacía en el interés que todavía hoy despiertan en historiadores y críticos, el hecho se debe principalmente al doble rol que desempeñaron como actores o forjadores de la historia y como escritores. En ambos casos, lo que más interesa aún hoy es su fuerte personalidad y el papel que como héroes históricos hicieron en los destinos de América. En cuanto a escritores puros, sin embargo, su cuantiosa obra fragmentaria —51 volúmenes en el caso de Sarmiento y 69 en el de Martí— no han suscitado una bibliografía tan numerosa como la que sobre Darío poseemos.

Rubén Darío es uno de los genios poéticos más grandes que se han producido en lengua española. Por eso sería difícil encontrar en España o en América otro poeta que más honda y beneficiosa influencia haya ejercido en el devenir de la poesía hispana. Al contrario de Sarmiento y de Martí —personalidades polifacéticas— Darío no fué más que poeta, pero este dón del canto se dió en él en grado máximo. No inició el movimiento renovador de la poesía y de la prosa hispana, pues este anhelo superador estaba ya en marcha en América cuando se publicó su primer libro importante —*Azul*...— en 1888, pero sí fué el primero que tuvo conciencia clara de su misión reformadora, tanto como del rumbo artístico que debía imprimirse al arte literario en nuestra lengua. Fué también el que condujo el movimiento a su triunfo definitivo en América e influyó más que nadie en la renovación de la poesía española a partir de 1900. Darío ha entrado ya al reino de los clásicos y figura dignamente junto a Fray Luis de León, Góngora y Garcilaso; mas el interés por su estudio apenas si se ha atenuado en los últimos años. Prueba categórica es este libro que acaba de publicar Pedro Salinas. Testimonio irrecusable es también de que el estudio de la obra de Rubén dista mucho de estar agotado, no obstante la ingente bibliografía que sobre el gran bardo tenemos.

Pedro Salinas

(1944)

Hasta el entronizamiento del fascismo en España, Pedro Salinas era ampliamente conocido como uno de los más finos poetas de la promoción de Federico García Lorca, Jorge Guillén y Rafael Alberti; pero en el último decenio se nos ha revelado como uno de los más sagaces críticos de la España contemporánea. Durante los dos lustros que lleva en el exilio, Salinas ha publicado varios libros y monografías sobre temas de literatura española y americana que evidencian sus excepcionales dotes para esta ingrata tarea.

La mayoría de los libros y estudios menores que sobre Darío se han publicado adolecen de proclividad anecdótica, de propensión biografista, de superficialidad y de tono ditirámbico. Abundan también los estudios en los que predomina el ego desbordado del crítico, el afán de proyectarse él mismo en la intimidad y en la vida de Rubén y aparecer como depositario de su confianza y su confidente. Con lamentable frecuencia también, el énfasis se ha puesto en el aspecto más deleznable de Darío —en su vida precaria, en su carácter, sus debilidades y claudicaciones— y se ha relegado a segundo plano lo que en él es imperecedero: el artista. Esto, naturalmente, es más asequible y fácil que adentrarse en su riquísimo y alquitarado mundo poético, el más variado y complejo —en la forma tanto como en el contenido— desde el gran don Luis de Góngora, como lo ha hecho Pedro Salinas.

El libro que aquí se comenta constituye una de las exégesis más luminosas y penetrantes que de la poesía de Rubén Darío se han publicado hasta ahora. Con la posible excepción de *Rubén Darío y su creación poética* por Arturo Marasso (1934), quizás no exista en la prolífica bibliografía rubeniana otro libro tan elucidante, tan hondo y que represente un tan serio y sostenido esfuerzo esclarecedor como éste que Salinas nos ha dado. El estudio de Marasso nos había señalado las fuentes de inspiración y las influencias más perceptibles que pueden descubrirse en los tres libros esenciales de Darío. Es, ante todo, una obra erudita, de investigación más que de interpretación. En ella el poeta aparece visto desde fuera. Lo que al crítico más preocupa no es tanto la valoración del genio poético de Darío como su panorama cultural, su pasmosa asimilación de motivos, sus reminiscencias literarias, plásticas y mitológicas. Salinas, por el contrario, lo ve desde adentro, por así decir, en sí mismo, y despreocupado de todo lo que no sea la originalidad creadora del poeta. Su libro está aligerado de todo aparato erudito, y se limita



Rubén Darío

*

a dilucidar los temas y subtemas —las constantes— en la poesía rubendariana. Esto es algo que no se había realizado antes con la hondura, el método y la sutil intuición poética con que Salinas lo hace. Para la íntegra y justa captación e interpretación de un mundo poético tan refinado, tan rico y complejo, y a veces, tan exótico —y hasta esotérico— como el de Darío, acaso sea indispensable la conjunción en el exégeta de las tres aptitudes que concurren en Salinas —y en Marasso— o sea, la sólida cultura humanística, la capacidad de análisis del crítico y la sensibilidad y la intuición del poeta.

Las tres contribuyeron en igual medida a la elaboración de este libro. La imaginación poética sirve con frecuencia de auxiliar y hasta de guía al crítico, y conducido por ella Salinas descubre en muchos poemas de Darío resonancias, significados y matices en que nadie había reparado hasta ahora. De su intuición se vale él a menudo para desentrañar el sentido o la intención de algunos de los cantos más herméticos o esotéricos de Rubén, o para interpretar cabalmente su recóndito simbolismo. Más que la inteligencia cogitabunda es la intuición la que le sirve de lazarillo para adentrarse —y orientarse— en los misterios de la intimidad creadora de Darío y devolvérnosla diáfana y rectamente interpretada.

Salinas ha estudiado con amor y detenimiento la lírica rubeniana y mucha de su prosa, desde las "primeras notas" hasta sus poemas postreros. Ha meditado largamente su rico contenido espiritual, ideológico y humano; ha analizado con gran pericia la evolución de su pensamiento y de su sensibilidad, los temas y subtemas que predominan en el desarrollo de su arte, la transformación de su filosofía de la vida y de la muerte, la mutación que se observa en el significado de algunos de los símbolos predilectos del poeta, tales como el cisne y Venus, por ejemplo, y se ha detenido a reflexionar sobre el contenido ideológico de los cantos más significativos.

He aquí los temas capitales y más reiterados que el autor descubre en el acervo lírico de Darío: el tema central y preponderante, el

que sirve casi de "leitmotiv" a su obra y la concatena más que ningún otro, es el que Salinas denomina "erotismo hedonista", "erotismo trágico" y "erotismo agónico", denominaciones certeras que corresponden a las tres etapas por que atraviesa el tema en su evolución, tanto en la poesía como en la parábola vital de Rubén. Lo erótico en Darío había sido señalado antes muchas veces, pero nadie había rastreado su evolución con la perspicacia crítica con que Sailnas lo hace. Tampoco se había esclarecido la profunda metamorfosis que se opera en este tema en los años de madurez y finales del poeta, en los cuales aparece ya fundido con el sentimiento religioso, la melancolía y el terror de la muerte. Esta evolución la indaga y constata el autor con diligente acuciosidad y puntualiza los diferentes símbolos en que se encarna en cada etapa a medida que el hedonismo juvenil se atenúa para dar paso a una filosofía más espiritualizada y trascendente. Entre los subtemas o constantes de orden secundario —secundarios solamente en la cuantía o frecuencia con que aparecen, no en su importancia intrínseca, ya que ellos inspiraron los más bellos y perdurables cantos de Darío— Salinas estudia el amor al arte, que en Rubén se dió en altísimo grado, la obsesión de la muerte y la preocupación político-social. Cada uno de estos subtemas aparece prolijamente examinado en sendos capítulos.

Salinas concede mayor importancia social y política a no pocos poemas de Darío de la que los críticos le habían reconocido. Algún lector de filiación izquierdista, acaso estime que Salinas sutiliza y exagera el valor social o político que tales poemas encierran y que no es suficiente para otorgarle el rango de "poeta social" —o "político"— que el autor le confiere. Mas desde el ángulo en que Salinas enfoca el problema, no puede negarse que su tesis queda probada, y de hoy en adelante no podrá hablarse de Darío como de poeta de la torre de marfil, que escribe de espaldas a la realidad y divorciado de ella. Cierto que no fué Rubén poeta social o político en el sentido restringido y beligerante en que el término se emplea actualmente cuando hablamos de poetas que escriben en función de propagadores de la ideología de signo marxista o de cualquier otro credo redentor del proletariado. Darío no era poeta clasista ni le preocupó nunca el conflicto entre el capital y el trabajo. (Esta particular sensibilidad social no aparecerá en los escritores americanos hasta muchos años más tarde. De la promoción de



Rubén Darío sólo José Martí percibió la injusticia vigente y se puso del lado de los que la sufrían). Rubén desdeñaba lo mismo al burgués adinerado y ramplón que a la masa ignara y tosca. Nunca se sintió —como Martí— identificado con el dolor y la miseria de los humildes, pero tampoco dirigió contra ellos los dardos de su ironía. Si alguna vez la empleó o apeló a la sátira, sus blancos no fueron los "pobres de la tierra" sino la vanguardia adinerada, los ricos sin alma y sin refinamiento espiritual; jamás el pueblo menesteroso. La realidad social que a Darío preocupaba era otra muy distinta y no tenía nada que ver con la lucha de clases a que hoy asistimos. Lo mismo puede decirse de su concepto de la política. El abogaba por una política superior, de amplitud ecuménica dentro del orbe hispano. Rubén menospreciaba el patriotismo de campanario, la política manida y homeopática de los minúsculos países centroamericanos que imperaba en sus días —y aún subsiste— y propugnaba una superación de la mediocridad de su hora. Otro transido anhelo de sus últimos años fué la paz, la cual llegó a convertírsele en obsesión hacia el final de su vida. A esta luz hay que interpretar los calificativos de "poeta social" y "poeta político" con que Salinas enrique la hermenéutica rubeniana.

Manuel Pedro GONZALEZ.

University of California.
Los Angeles, California.

El bicentenario de Goethe

(Viene de la página 264)

razonable sería que cada cual se atuviese a aquella profesión para la cual ha nacido y aprendido, no impidiendo a los demás hacer lo propio: El zapatero a sus zapatos, el labrador a su arado, y el príncipe a su gobierno. Pues también el gobernar es una profesión que necesita aprendizaje, y nadie que no lo entienda debería osar a poner en ello sus manos".

La crítica superficial calificó irreflexivamente a Eckermann, de carente de talento, basándose en que la obra recoge con demasiada fidelidad las palabras de Goethe. Pero, ¿acaso en esa fidelidad no radica, precisamente, el valor y el mérito más singulares del voluminoso libro? ¿Y acaso esa fidelidad con que fueron recogidas las confidencias del glorioso vate alemán no demuestra, palmariamente, las talentosas y escrupulosas cualidades no sólo literarias sino morales de Eckermann? En vez de torpe y caprichosa censura, bien merecedor se hizo, por consiguiente, el entusiasta y honrado confidente de Goethe, al elogio y a la gratitud sincerísimas que por razón de tan elevado y cumplido empeño se le tributan en los dominios universales de la cultura.

El libro de Eckermann, por tanto, ofrece una excelente síntesis evocadora, en estos días del bicentenario del nacimiento del gran poeta alemán; ya que en las páginas fidedignas de ese libro revive con toda su grandeza la personalidad de Goethe: en medio de los suyos, en el ambiente íntimo de su casa, de sus familiares y amigos; de sus preferencias, gustos y costumbres; señala la predilección que sentía por todas las artes y por el embellecimiento de la vida; evidencia cuán justa era la fama y el poder de atracción que el semidiós ejercía no sólo entre sus compatriotas sino entre los personajes europeos más insignes de su época, entre éstos Napoleón, de quien se sabe que después de conversar con aquél extensamente, le impuso la Legión de Honor y le dijo estas palabras: "Amigo Goethe: ¡Sois todo un hombre!"

En las últimas páginas del libro de Eckermann se asiste, además, al ocaso de aquella existencia gloriosa, en la capital del principado o corte chiquita de Weimar, ciudad que por atracción del genio se había convertido, según frase célebre, en "residencia de diez mil poetas y algunos habitantes". Allí expiró Goethe, en 23 de marzo de 1832; y aquellos instantes sombríos, como si quisiera reafirmarse serena y simbólicamente en el afán más puro de toda su vida (el de la claridad y la comprensión sin límites), hizo abrir la ventana de su alcoba y retirar las cortinas, pidiendo "¡luz... más luz aún...!"

Poetas, artistas, temperamentos nobles y estudiosos, seres torturados fatalmente por las angustias y las asechanzas que se derivan de los problemas políticos, sociales y económicos presentes: todos los que a despecho de preocupaciones acerbas mantenéis en el sagrario de vuestra intimidad algún interés por ideologías o sentimientos de valor perdurable; cuantos estéis deseosos de explayar el espíritu en abstracciones aquietadoras o consoladoras, recurrid en estos días a las obras poéticas o literarias de Goethe. Y no dejéis de renovar vuestra admiración y respeto por la memoria del gran comprensivo de Weimar, mediante la lectura o repaso y meditación de sus *Conversaciones* con Eckermann. Difícilmente hallaríais mejor y más oportuno sedante para que en vuestro espíritu renazca, por algunas horas, la dulce placidez sin cuyo disfrute regulado, en medio de los embates de la adversidad, la vida, realmente, fuera muy penosa,

La Habana.

El silencio

(En el *Rep. Amer.*)

Se ha dicho muchas veces que la palabra es dón divino del hombre, que por ello el verbo se hace expresión después de hacerse carne en el hombre. Pero la palabra misma, cuando no es mero vocablo, grumo sonoro sin pretensiones alcanza su máxima riqueza si brota y florece bien tejida, en su raíz de silencios vivos. La palabra ardiente del creyente, del poeta, del profeta, del místico, del amante, se electriza de sus temblores inefables precisamente sumergiéndose en meditaciones previas, en silencios interiores. Sólo es viva aquella palabra que ha mojado ávidamente sus raíces, en silencios. La palabra grave, la palabra honda, solemne o magistral, sale siempre purificada, enriquecida, de las aguas del silencio. La impremeditación, la improvisación, la desgana expresiva, dan siempre la palabra hueca, avellanada, sin peso ni sustancia; la palabra sin vida y formalista que no se ha nutrido de silencios vivos, en que el espíritu la amamanta. La definición que de la poesía daba Carlyle, diciendo que es "acción simultánea de silencios y palabras", es redundante, puesto que sólo hay palabra, palabra poética, allí donde hay un silencio materno en que se engendró.

Pero el hombre, además, habla con sus silencios y oye e interpreta el silencio espeso o fino de las cosas que duermen. Rodeado de silencios exteriores, la soledad se le agiganta y su conciencia crece. De ese silencio de fuera se empapa y fertiliza, vertiéndolo hacia dentro. Para decidir, para rezar, para resolver, para meditar, el hombre "guarda" silencio, lo acarrea dentro de sí, lo interioriza o fecunda. El desierto o la noche sólo son silencio atónito de quien tiene algún recuerdo del primer amanecer del mundo y la mudez orante de quien se sabe originado de lo divino. En realidad el silencio de las cosas es proyección poética del hombre; es éste quien les inyecta silencio y lo comprende. El hombre es el único animal que calla, que se expresa en silencio. Y además entiende el silencio tremendo de las cosas como un rumor sutilísimo de la palabra divina que acaba de sonar. El silencio de la noche que anda, el de la estrella que tiembla, el del río que se duerme, el de la piedra que se hunde en su torpeza, o el de la flor castísima que espera encendida un jardinero, sólo tiene sentido para el hombre que es, quizás quien ha ido reclamando en ellas un vestido de silencio. El zumbar del viento, el reír del ave, la quejumbre o la canción del agua son también silencios y mudez para todo lo que no es el hombre. El macho que oye a la hembra en celo "no sabe" que la oye y, por lo tanto, no sabe que hay silencios. De la misma manera que ningún animal es ignorante, porque el ignorar supone un saber que se ignora y esto sólo lo sabe el hombre, que es por eso, tanto como "homo sapiens", un "homo nesciens, insciens o insipiens"; así el silencio supone la conciencia de un callar, y sólo calla quien, pudiendo hablar, no habla y hace de ese no hablar un modo de expresión. Ningún animal hace expresión de sus silencios salvo el hombre. Sólo el hombre puede expresarse con negaciones reales: cuando calla, cuando miente, cuando ignora, se disfraza, se niega y se "abnega". Por eso es el único ser que oye el silencio y lo interpreta en su voz lentísima, inefable.

Todo hombre, en su vida profunda, ama el silencio. Está mimbrado de interiores, de soledad e intimidad, y los ruidos le desperfuman haciéndole exterior y "ajeno". Por eso, tras del silencio expresivo, viene el rezo musitado, la nana somnolienta, el verso confidencial, el diálogo amoroso, formas todas apenumbradas de silencio. El grito, el ruido, la barahunda, desecan y empobrecen a quien tienen mucha vida interior, mucho tesoro de silencios. Por eso, el silencio de las cosas nos invita a entrar en nosotros mismos, volviéndonos a nuestra intimidad. Es la "sofrosyne" del griego, la impasibilidad del estoico, la paz del cristiano, la "escondida senda de Fray Luis, la "soledad sonora" de San Juan de la Cruz, "el maravilloso silencio" de Cervantes, el "dulcísimo lenguaje del silencio" de San Francisco de Sales.

Soledad, paz y silencio se nos entrecruzan, pero no debemos confundirlos. A veces el silencio no da soledad, como al poeta, por ejemplo, sino muchedumbre de evocaciones. Otras veces, hay silencio y no paz, como en las luchas y agitaciones interiores del hombre remordido e indeciso. A veces de nuestro silencios salimos aturdidos de voces interiores, sucios de ideas y maltratados de la discursión, como tras la zambullida marina salimos sucios de algas, mareados y confusos.

No sabemos qué escondida maravilla hay en el silencio del hombre. El silencio de una multitud nos sobrecoge e invita a la meditación; el de un hombre que medita, nos impone respeto, Hamlet no se atreve a matar a quien esté rezando en silencio. En cambio, la soledad del campo transida de rumores, de zumbidos, de sonidos rotos o lejanos, nos parece hervir de silencios y nos impulsa a hablar o gritar. Tras una música de locos ritmos, nos parece silencio la melodía de una música lenta y lánguida, como al molinero le aturde la ciudad y le sirve de sedante el ruido de su aceña. Hay silencios cristalinos, como los de las noches serenas; y silenciosos gruesos, grasos, como los de las siestas en el campo; y silencios temblorosos como los del hombre que acecha o teme. Y silencios gloriosos, como el de la madre que mira al hijo dormido y el del poeta que contempla su obra.

Pedro CABA.

Valencia, España. 1949.

Bienvenido

(*Atención de la autora,* en Santa Cruz de Guanacaste, Costa Rica).

(Cuento popular guanacasteco, para los niños americanos, en las gentiles manos de Mrs. Doris Stone, *sabia e inteligente indigenista que visitó esta tierra de sol y de tradiciones en mayo de 1949. Atentamente,*—María Leal de Noguera).

Esto sucedió, claro está, en tiempo aún de reyes, duques y condes. De esos tiempos en que el rey era dueño y señor de las personas y de sus haciendas.

Un leñador llamado Pascual, tenía su casita en los confines de un condado, lejos de la capital del Reino. Su esposa se llamaba Perfecta y tenía doce chacalines, como una marimbita y a cual más panzoncito.

El menor de los chiquillos tenía un año, y el mayor ya le ayudaba al padre en algunos quehaceres, como arrear las vacas, dar vueltas por los sembrados y recoger leña.

Un día Pascual iba muy orondo con su hacha al hombro en busca de leña, cuando allá por media montaña y entre unos matorrales oyó llorar un niño recién nacido. Fué a ver y se va encontrando un precioso chiquito envuelto en hojas de *piriquitoya,* como un panal de miel.

—¡Qué lindo! —se dijo el buen hombre. Ahora se lo llevo a mi mujer para que lo cuide, ¡tal vez será el Niño Dios!

Olvidó la leña y alegre regresó a su casa con el lindo muñeco. Pero, Dios mío, al verlo venir la Perfecta, le salió al encuentro y le dijo:

—Idiay, niñó, ¿qué tr'es en esas hojas de piriquitoya?

—Mirá, vos, ¡qué chacalín más lindito!, contestó el leñador.

—¡...Mm... bj...! Qué cabeza la tuya, no sirve ni p'a *posol.* Como si fueran tan poquitos los muchachos que tenemos, venís con otro. Vos qué. Vos te vas p'al monte y yo me quedo enredada con el muchachero. Bueno. Vos verés qué hacés con él. Lo que soy yo, no lo toco ni con un palo.

Diciendo esto la mujer del leñador, le volvió la espalda al pobre hombre y se metió en la cocina con el pico bien estirado. Mas, al

mismo tiempo, los chiquillos ya habían cogido en brazos al recién llegado y se peleaban por acariciarlo. En el patio había una cabra y sin que les dijeran, entre todos, como hormigas, lo pusieron a mamar del buen animal. Las niñitas se quitaron los delantalcitos y lo envolvieron. Los varoncitos encontraron un gangoche y le hicieron una hamaca.

Por la noche, todos los niños querían dormir con el chiquito. Le hicieron colchoncitos de burío de plátano, y con sus cuerpecitos le daban calor. Era de verlos al día siguiente cuando otra vez lo ponían a mamar pegado a la ubre de la cabra más buena que la mujer del leñador. Después cuando calentaba el sol, lo llevaban a la quebrada y lo bañaban. ¡Sabe Dios cuántas veces lo escapaban de ahogar! Pero así y todo, vivía y crecía el niño lleno de caricias de los infantiles leñadores. La Perfecta no tocaba al chiquillo, menos mirarlo con buenos ojos. Un día, dijeron los niños: Pongámosle un nombre, y pensando y jugando le llamaron Bienvenido, porque para ellos había sido un regalo de alegría. Así fué pasando y pasando el tiempo; Bienvenido crecía gordito y sano con la leche de la buena cabra. Ya se podía estar sentado. Después empezó a caminar y por último ya corría por los prados con sus hermanos y traía en sus bracitos pequeños líos de leña.

La señora de la casa, cada vez lo quería menos. Le daba de comer las sobras y le ponía el plato en el suelo. Pero cuando salían al prado los niños ordeñaban la cabra para darle leche a Bienvenido.

Un día llegó de visita una comadre de Perfecta, y como es costumbre llevó de regalo un jicarón de tanelas, rosquillas y marquesotes, riquísimos. Todo lo guardó la leñadora en un cajón de víveres con llave. Tenía la intención de no darle a Bienvenido, sólo a sus hijos. Pero por la noche uno de los chiquillos más pícaros y traviesos le robó la llave, sacó la rica provisión y la escondió fuera de la casa, con la idea de hacer la fiesta en el prado en compañía de todos los chiquillos, inclusive Bienvenido.

Por la mañana abrió doña Perfecta el cajón y qué furia le dió al ver que no había nada. Este fué ese *moto* Bienvenido; para eso trajo Pascual ese muchacho viejo para que mis hijos se queden sin comer; esto lo dijo la leñadora en una explosión como de volcán. Y no fué cuento. Tomó un varejón de tamarindo y le dió al pobre motito como veinte chilillazos que lo dejaron casi sin aliento. Lo tomó de una oreja y lo despachó de la casa.

Llora que llora, Bienvenido se fué por el primer trillo que halló. Sus hermanos lloraban también encerrados en un cuarto donde los puso la mamá para que no lo siguieran. Caminó y caminó mucho el pobre chiquillo y por allá bajo un *paturral* se encontró un saquito de manta; lo recogió por no dejar y se lo echó en la bolsa. Más allá a la orilla de una quebrada encontró un enanito llorando a lágrima viva.

—¿De qué lloras, enanito? —le dijo Bienvenido.

—Es que se me perdió un saquito de manta, que pertenece al rey y si no lo encuentro, peno la vida.

—Amiguito, yo encontré uno, aquí está, ¿será el que tú buscas?

—Claro que sí, muchacho. Y en pago te voy a dar este otro. Todo lo que tú quieras entrará al saco, siempre que tú digas, por ejemplo, naranjas a mi saco, o queso a mi saco, etc.

Se despidieron en buena amistad. Al pasar una quebrada vió Bienvenido unos patitos, y por tantear dijo: —Patitos a mi saco, y los patitos corriendo entraron al saco. Pero el muchacho los dejó nuevamente en libertad. Después dijo: queso y pan a mi saco. Y al momento tuvo para almorzar. Desde este día siguió Bienvenido solo por el mundo. Pedía hospedaje en alguna casa de gentes pobres y entonces pedía que entraran a su saco toda clase de víveres y hacía fiesta con las buenas gentes. A veces decía: "Cinco cobijas a mi saco", y venían las cobijas y luego las repartía entre los necesitados.

Con el correr del tiempo se hizo ya un mozo de veinte años. Y caminando y caminando, llegó a la capital del Reino. Un día sonaban pitos y tambores, cohetes, bombas y la música de banda.

—¿Qué pasa? —preguntó Bienvenido.

A esto le contestaron que el Rey, la Reina y la Princesa con su Corte, salían de paseo al lugar favorito donde había un lago azul rodeado de palmeras, de jacintos y de amapolas. Sus Majestades iban en lindos caballos blancos con arneses de oro y plata. La Princesa era linda como un ángel y todos la adoraban.

Bienvenido se sumó al gentío que seguía por curiosidad a los reyes. Llegaron al lago y de inmediato los criados bajaron a los Reyes y a la Princesa de los caballos. Tendieron alfombras y hamacas desde donde podían gozar de la vista del bello paisaje. Los músicos ejecutaban las mejores piezas de su repertorio y todos los paseantes hablaban y reían con entusiasmo. Alguien organizó un paseo en bote por el lago. Primero, claro está, fueron los Reyes. Iban felices. Los músicos tocaban sin cesar. Pero, por mala suerte, la Princesa empezó a jugar con unos pececillos de colores que traviesos, se asomaban a la superficie del agua. Y... cataplún, se fué la niña al fondo del lago...! Se acabó la alegría. Todo era confusión y lágrimas. Unos buzos se ofrecieron a buscarla. Todos ayudaban... pero nada... todo en vano. La princesa no aparecía. El rey desesperado ofreció el reino a aquel que encontrara el cadáver de su hija. Pero declinaba el día, se agotaban las fuerzas y no la encontraban. Bienvenido también ayudaba, pero cansado al fin, se sentó en el tronco de un árbol. Ya se dormía, cuando le habló alguien diciéndole:

—¿Qué hacés, que no sacás a la Princesa del lago? Pide el bote, vete a medio lago y dí: Princesa a mi saco. Luego dirás: alma de la Princesa, al saco.

Era el enanito quien le daba este consejo y al momento el muchacho fué donde el Rey y le dijo:

—Señor, yo sacaré del lago a la Princesa.

—Te doy el reino, dijo el Rey desfallecido; pero si me mientes penas la vida.

Se fué hacia medio lago el muchacho y dijo: —Princesa, a mi saco. Y al momento, salió ésta del lago y entró al saco. Después dijo: —Alma de la Princesa, al saco. Y de veras revivió la Princesa y sonriente, en compañía de Bienvenido, vino a abrazar a sus padres. Al momento montaron todos en sus caballos, le dieron uno a Bienvenido y regresaron a Palacio.

Al día siguiente se celebraron las bodas de la linda Princesa con Bienvenido. Hubo una gran fiesta y al final el Rey se quitó la corona y se la puso al novio; la Reina se quitó también la corona y se la puso a la novia y dijeron:

—¡Vivan los nuevos Reyes!

Ahora se llamaba el Rey Bienvenido. Y un día le dijo a su esposa: —Vamos a dar un paseo. Y se fueron a caballo vestidos sencillamente con trajes de trabajadores. Pero la gente, como los conocían, les decían:

—¡Vivan los nuevos Reyes!

Se fueron camina y camina hasta la casa del leñador.

—¡Hola, Pascual!, dijo Bienvenido; y salieron todos los de la casa a recibirlos. —Pero si es Bienvenido, dijeron los muchachos, y lo abrazaron y él les presentó a su esposa la Reina.

—Ahora soy Rey, les dijo, y ustedes se irán conmigo a vivir a Palacio.

—Viera, señora, dijo la Perfecta, dirigiéndose a la Reina, usted viera cómo quería yo a Bienvenido, si lo crié como si fuera mi propio hijo, es como sangre de mi sangre. Y haciéndose la emocionada, abrazó por primera vez al muchacho.

Y vinieron coches y criados y los leñadores se fueron a palacio con el Rey Bienvenido. Desde entonces doña Perfecta y don Pascual se mantenían bien vestidos, sentados en unas mecedoras. Los muchachos le ayudaron a Bienvenido a gobernar el reino y todos fueron felices.

María LEAL de NOGUERA.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En la octava serie, Nº 2, de los *Cuadernos de Cultura* (repetimos, ejemplares) que saca la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, en La Habana, 1948:

Ursula Céspedes de Escanaverino: *Poesías*. Selección y Prólogo de Juan J. Remos. ("El dolor y la naturaleza son los dos temas que llenan su obra". "El valor subjetivo de la poesía de Ursula Céspedes es fuerte y se afianza en lo anecdótico", "...salvar del olvido un nombre que bien merece recordarse").

Este folleto, como tirada aparte de la revista *Estudios* de la Academia Literaria del Plata:

J. Luis Trenti Rocamora: *Aclaraciones al Sr. Juan Canter*. Acerca de "La cultura en Buenos Aires hasta 1810". Con un comentario bibliográfico por Guillermo Furlong, S. J. Bs. Aires, 1949.

Aparte, este folleto, como para reproducirlo en estos Cuadernos:

Alberto Baeza Flores: *Don Federico Henríquez y Carvajal, un siglo de conducta y de valor*. "Revista de la Habana". Octubre. 1946.

Por medio de la Librería Martí (Apartado 2173. Habana), nos llega este libro con que nos honra la autora:

Lydia Cabrera: *Porqué*... Cuentos negros de Cuba. Colección del Chichereku. Ediciones "La Habana". 1948.

Suponga la autora la estimación y cariño con que luego vamos a leer este libro, que es de los que más nos interesan.

Volveremos con él.

Otros cuentos, también procedentes de Cuba y que vamos a leer con gusto:

Juan F. Sariol: *Barrabás*. Editorial "El Arte". Manzanillo. Cuba.

Señalemos esta conferencia de David N. Arce: *Etica y estética de la danza*. México. 1948.

Este epígrafe: *Danzamos, porque el alma humana busca constantemente comunión con el Alma Divina*.—Ted Shawn.

Señas del autor: Elíseo 38-23. México, D. F.

Con cierta emoción señalemos este libro —su primer libro— de la poetisa costarricense Eunice Odio:

Los elementos terrestres. Poemas. Premio centroamericano "15 de Septiembre". 1947. Editorial "El Libro de Guatemala". Guatemala. MCMXLVIII.

Gracias les damos a los intelectuales guatemaltecos que le han proporcionado a la inquieta Eunice esta posibilidad de manifestarse y de que así, la conozcan y estimen en lo mucho que vale como poeta.

Otro libro, precioso en sí y en la sobriedad y elegancia de la edición:

Luis Cardoza y Aragón: *Poesía*. Letras de México. 1948.

Recoge esta obra la producción dispersa publicada por su autor durante veinte años en revistas de América.

Nos llega por medio del Ministerio de Educación de Guatemala, C. A.

Señalemos:

Jorge Ramón Juárez: Sonetos para la *Geografía romántica de Veracruz*. Ediciones "Lascas". México. 1948.

Portada, viñetas y capitulares de Alberto de Velasco Polo. Preciosa la edición, como saben hacerlas en México, D. F.

A cuántas viejas ciudades de nuestra América no les ha nacido un poeta así: *geógrafo romántico*. Que les llegue. Es un creador.

Gracias al autor, que nos ha favorecido con algunos ejemplares de su libro ejemplar.

Otro libro singular:

Los sueños corpóreos, de Germán Pardo García. México. 1948.

Atractivos, inquietantes. Pardo García es uno de los mejores poetas de nuestra América. Con esta, son ya 12 sus obras poéticas, tan estimadas.

También ha sido generoso y bueno y nos ha obsequiado con algunos ejemplares. Cómo se lo agradecemos.

Este cuadernito:

Humberto Osorno Fonseca: *La evolución social del liberalismo de Nicaragua*. Managua. D. N. 1938.

Lo señalamos así: *4 verdades*.

Se acordó de nosotros el poeta Manuel Picado Chacón, en esta ciudad de San José de Costa Rica, y nos mandó este pliego:

Sinfonía del camino (en mí mayor).

Lo presentó, este poema, a los Juegos Florales, en setiembre de 1948.

Está bien. Hemos de reproducirlo, si el autor lo permite.

Despierta para nosotros la España de 1935, en algunos de sus valores literarios que por allá se quedaron, viejos amigos recordados.

Hoy nos llega Tomás Seral y Casas con este poema:

Elegía a Federico Comps.

Precede esta elegía a una serie de raros, sugestivos dibujos de Federico Comps Seiles, tiulada: *Muerte española*. En la colección "Artistas Nuevos". IV. Librería Clan. Madrid. Arenal, 18.

Esta librería Clan saca un Boletín Literario y artístico muy interesante. Se titula: *Punto*.

Como atención de nuestro amigo y colaborador don Alfonso Francisco Ramírez: *Oración a la Madre*. México, D. F. 1949.

Es discurso; lo dijo el autor el 7 de mayo de 1939 en el homenaje del diario *Excelsior* a las madres mexicanas.

Consuelan y reaniman sus palabras.

Damos las gracias al autor por este folleto:

Ricardo D. Alduvín: *Una senda*. México. 1946.

En el autor: un médico, un sociólogo, un señalado revolucionario. Hay político y hay hombre. Hay principios.

Cartas, discursos. México, Centro América.

Señalemos a Carlos García-Prada como crítico literario de dimensiones mayores.

El Colegio de México ha recogido en un volumen algunos de sus trabajos:

Estudios hispanoamericanos. México, D. F. 1945.

Todos los escritores de América le interesan. 33 estudios en este libro, hacia todos los rumbos.

Habla el autor: "*Los Estudios Hispanoamericanos* son ensayos y notas de interpretación y de simpatías literarias y como tal responden a un solo afán: el de difundir el conocimiento de las letras hispanoamericanas, y contribuir con ellos a la formacón de una conciencia continental de americanidad amplia y libre de prejuicios regionales".

Un gran servidor de nuestra cultura, es Carlos García-Prada. Enseña en la University of Washington. Seattle. Wash. U.S.A.

Búsquelo, hágase su amigo.

Sentido metafísico de la rutina

(En el *Rep. Amer.*)

Me dices que soy rutinario. Es verdad; lo soy. ¿Y si supieras por qué lo soy? Lo soy por amor al pasado: es decir, por amor a la vida, a la vida vivida. La única vida que conozco, la única vida que es mía, la única que amo, es la vida vivida, la vida pasada. La vida presente se hace continuamente vida pasada. De mi vida futura nada digo; no la conozco, no ha llegado todavía y no sé si llegará.

Pocos se dan cuenta de que la rutina tiene muchas veces un sentido metafísico. Se es rutinario por afán de persistir en el ser. Quiero seguir siendo yo mismo. Amo mi vida. Mi vida soy yo; yo soy mi vida. Y esa vida que soy yo y ese "yo" que es mi vida quiero prolongarlos indefinidamente. Amo el camino que he recorrido. Amo el cielo que he contemplado. Amo el rincón apacible que es mi morada. La única razón que tengo para amarlos es la más modesta y la más poderosa: en ellos he vivido. Los otros caminos, las otras moradas, podrán ser más hermosos; pero no son los míos. No son los que por muchos días vividos se unieron a mí, se incorporaron a mí, al bagaje de mi emoción de peregrino y de contemplativo.

Si me censuras el que sea rutinario te pondré ejemplos insignes de rutina. ¿Quién más rutinario que el sol? Todos los días hace la misma cosa. Pasan los años, los siglos, y el señor sol no cambia. Es siempre el mismo. Todos los días se pasea por la misma ruta a las mismas horas. Y la vida misma, ¿no es rutinaria? La vida es rutina de rutinas. La vida es rutinaria en el tiempo y en el espacio. La mañana, la tarde y la noche. El acá, el allá, el más allá. Pero el "allá" y el "más allá" son iguales al "acá". La vida es una máquina formidable cuyo ritmo es siempre el mismo. Es el tic-tac, tic-tac, del reloj.

La vida, pues, es rutinaria. Pero, ¡qué maravillosa es esa rutina! ¡Cómo la aman los hombres! ¡Cómo anhelamos los hombres persistir en esa rutina, es decir, en la vida, en el ser! Quisieran los hombres no morir; es decir, ser inmortales en esa rutina que es la vida. Rutina y todo es grata, es dulce, y por eso la amamos. Y la amamos porque nos amamos a nosotros mismos. No hay modo de establecer separación entre la vida y nosotros mismos. Cuando un hombre deja de amar la vida, deja de amarse a sí mismo. Cuando el desprecio o el odio a la vida llega al paroxismo el hombre quiere destruir la vida. Pero no consigue destruir la vida sino destruyéndose a sí mismo. Es el suicidio.

Como la vida ha sido hecha por Dios

(¡algunos se atreven a negarlo!) hay que admitir que es una rutina divina. La mañana, la tarde y la noche. Siempre lo mismo; es verdad. ¡Pero cuántas bellezas en esas mañanas, en esas tardes y en esas noches! La rutina en el espacio: el acá, el allá y el más allá. Siempre lo mismo; es verdad. Pero, ¡cuánta hermosura en ese acá, en ese allá y en ese más allá! La tierra y el cielo, el espacio visible, están llenos de ternura para el hombre. Se me hace difícil determinar dónde está la ternura que me conmueve: si en el ámbito sidéreo lleno de maravillas, donde el tiempo y el espacio se juntan, o en mi corazón.

De la misma manera que no podemos separar nuestra vida, nuestro "yo" del tiempo, tampoco podemos separarla del espacio. Nuestra vida terrenal, en su esencia misma, está condicionada por el tiempo y el espacio. Así, mientras vivimos, no podemos separar nuestro "yo" de la doble rutina del tiempo y el espacio. El hombre rutinario es el hombre más fiel al tiempo y al espacio. Es el que está más cerca de la esencia de la vida. El que más se adentra en la esencia, en el meollo, de la vida. Se es rutinario porque se ama la vida; conscientemente se sujeta la vida al tiempo y al espacio porque se les ama.

El hombre rutinario es el que más se identifica con el tiempo y el espacio, o sea, con la esencia de nuestra vida. Es significativo que Kant, el célebre filósofo, no abandonara nunca el contorno de su ciudad natal y su paseo diario a pie lo diera tan exactamente a la misma hora que el vecindario ponía sus relojes al verle pasar. Aquel hombre hacía profundas excavaciones en el "yo", en la raíz de la vida. No es extraño que quisiera identificarse así con el tiempo y el espacio. (El espacio físico es imagen del espacio metafísico).

Frente al hombre rutinario está el voltario, el que no se sujeta a horas y cambia de continuo de lugar. Se dirá que éste vive su vida más intensamente que aquél. Pero no es así. El hombre voltario, que revuela como mariposa sobre el tiempo y el espacio, no roza sino la epidermis de la vida. El mariposeo externo es reflejo de su mariposeo, de su frivolidad interior. Podrá circunnavegar de continuo en el tiempo y el espacio, pero no gozará del tiempo ni del espacio, no los hará suyos porque no echará anclas en el tiempo ni en el espacio.

La intensidad de la vida proviene de la raíz que eche en el tiempo y el espacio. Mientras más honda la raíz, más fuerte será el árbol y más espléndida su copa de flores y de frutos.

Luis VILLARONGA.

San Juan. Puerto Rico.

Recreo sobre los gigantes

Alfredo CARDONA PEÑA.

(En el *Rep. Amer.*)

Si nos pusiéramos las botas de siete leguas y camináramos por el territorio de la vieja literatura, tropezaríamos con los señores gigantes, de cuya vida y milagros nos habla el hombre de antaño con certeza conmovedora.

Se les ve a lo lejos, diseminados como torres, cubriendo la llanura del primer sueño metafísico, y a ellos va a dormir el sueño legendario y a inspirarse la infancia del libro de oro. Pues son una especie de coturnos que elevan el paisaje espiritual de todos los pueblos, y ya violenten los brazos como aspas de molino, ya lancen miradas fulminantes o deshojen la rosa de los vientos, que todo lo pueden hacer siendo tan descomunales, no pierden cierta analogía con el candor, ese jardincillo del alma. De donde los gigantes, con todo y su fortaleza volcánica, vienen a resultar pequeños tumultos inofensivos.

Pero esto no es lo importante. Lo importante es llegar a saber quién inventó los gigantes, y luego dilucidar si efectivamente existieron.

Acerca de lo primero, podría afirmarse que el pueblo. Suprimid estos colosos risueños y miraréis al pueblo sin imaginación, a la leyenda sin criatura predilecta y al niño sin literatura. No habría argumento heroico. Se humillaría la nobleza del pasado. Sería tanto como incendiar una selva o dinamitar una catedral. Esto acaba de suceder en Europa, y por eso está como está: sin gigantes, o acaso con gigantes mutilados, que son los más horrorosos. "La cultura —decía Ortega a propósito de la aventura de los Molinos— pretende establecerse como un mundo aparte y suficiente, adonde podemos trasladar nuestras entrañas. Esto es una ilusión —concluía— y sólo mirada como ilusión, sólo puesta como un espejismo sobre la tierra, está la cultura puesta en su lugar". El drama provino, en consecuencia, de que el nazi quiso ver la cultura como se ven los intestinos del crimen, suplantándola por el brutal realismo del ario. Y ya se sabe lo que ocurrió.

En cuanto a la existencia de los gigantes, o sea la verdad de las ilusiones, habremos de recordar al gran caballero de la Mancha, que lidió con ellos y sentía por sus personas la atracción del abismo. Es, pues, este caballero quien habla y dice: "En esto de los gigantes hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliaz, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres". Esta es, proviniendo de persona tan honrada, una verdad como un templo. Y para acabarla de remachar, aquí tengo otra, muy bien pesquisada en la historia de Bernal Díaz, quien nos cuenta que al llegar a Tlaxcala, el cacique del lugar aseguró a don Hernán Cortés, individuo muy descreído en cosas de imaginación, que sus antepasados habían sido gigantes. No lo creyó Cortés, y aun subrayó la afirmación del cacique con una sonrisa que quería decir: *Eso pal gato.* Pero el jefe de la tribu, cuyo nombre no aparece en mi memoria, invitó a Cortés a visitar un osario, y una vez allí, ordenó que se revolvieran los terrones. Pues bien: ante la mirada espantada de Bernal Díaz, del Conquistador y de sus principales guerreros, apareció entonces un hueso humano de tamaño desusado, al parecer un fémur que medía la estatura de un hombre regular. "Yo me medí con él —explica Bernal con encantadora sencillez— y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo, y trajeron otros pedazos de huesos como el primero; mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra".

Todo lo cual viene a comprobar el verso de Verdaguer, honda y misteriosamente ensoñado: "Antes de que Grecia naciera, ya existían aquí gigantes", refiriéndose al Continente cuyo nombre nos llega resonando en Platón.

La literatura ha hecho con los gigantes un enorme pastel de cumpleaños. Sin ir más lejos, don Francisco de Quevedo, pícaro y santo, introdujo en el poema heroico titulado *De las necedades y locuras de Orlando el enamorado* (1635), nada menos que a los supergigantes, o gigantes de gigantes que tenían "simas tenebrosas por bostezos", y los cuales

rascábanse de osos y de lobos
como de piojos los demás humanos.

Aquí también, en América, tuvimos nuestros colosos. Se cuenta que habiendo llegado Magallanes a la desembocadura del río San Julián, situado en la parte más austral de su viaje, determinó invernar allí, y explorando sus soldados el interior, encontraron habitantes cuya estatura pasaba de los doce palmos. Además, los libros sagrados de la indología están acordes en afirmar la existencia de hombres de incomparable grandeza, y gigantescas fueron sus obras, a punto de que la estatuaria los esculpió, como si dijéramos, de tamaño natural, como páginas vivas de piedra en las cuales se inspiraron los relatos de los primeros pobladores americanos, esos relatos que se trasmitían como la llama de los juegos olímpicos, que oyó el fraile y se vaciaron al latín, que durmieron en los conventos, debajo de los altares; que luego fueron traducidos y arreglados; que viajaron al francés, al inglés y el castellano; y que finalmente, después de ese continuo trasiego y molienda, nos llegan fuertes, vigorosos, eternos en su palabra tres veces oculta.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la gigantomaquia es un vigor necesarísimo al común ensueño del hombre. Siempre experimentaremos una rara y linda belleza al leer relatos en donde el Gigante, llorando de amor, dice a la Princesa del cuento nórdico: "Lejos, muy lejos de aquí, en un lago hay una isla y en la isla una iglesia y en la iglesia hay un pozo y en el pozo un pato y el pato tiene un huevo y el huevo tiene dentro mi corazón".

México, D. F. Julio de 1949.

Prestar al que no tiene

Por *Carlos DAVILA*

(En *El Tiempo* de Bogotá. Junio 22 del 49).

Nueva York, junio.—Manejando caudales inmensos, menospreció la riqueza. Se propuso no ser millonario y lo logró. Gastó poco en todo lo personal menos en filantropía. En el más tradicionalista de los negocios vivió quebrando marcos y abriendo nuevos surcos. Ciñó la túnica americanísima de la destreza, la audacia y la integridad pionera, pero violó todos los lemas igualmente americanos de la prudencia: nunca anduvo despacio, no miró antes de saltar, no cuidó de afirmar el pie antes de dar otro paso y siempre se ocupó de más de una cosa a la vez.

Fué banquero como para provocar una nueva definición de ese vocablo. Llegó a la cumbre del éxito pecuniario predicando y practicando "ideales de servicio público". Amalgamó dos elementos que parecían repelerse sin esperanza: la banca y el pueblo. No lo intoxicó el dinero pero sí el afán de ponerlo a trabajar útilmente y en el nivel popular. Dos cosas descubrió que habían pasado inadvertidas a siglos de banqueros. Primero, que es más lógico prestar al que no tiene que al que tiene. Segundo, que había en la masa del pueblo un campo virgen esperando a los banqueros. Así el hombre común llegó a la banca y la banca llegó al hombre común y así también algún ensayista de palabras grandes podrá algún día escribir lo que yo no me atrevo, que Amadeo Peter Giannini fué el fundador de la democracia bancaria.

El 3 de junio, a los 79 años de edad y 67 de trabajo arduo, este hombre de certidumbres penetró en el gran tal vez. Nació en San José y murió en San Mateo, ambos en el Estado de la Puerta de Oro, donde ahora se va a discutir, me imagino, si fué California la que que hizo a Giannini o Giannini el que hizo a California. En favor de la última tesis se recordará que fué Giannini el primero que mediante créditos a pequeños agricultores sin haberes promovió el cultivo de la fruta, ahora industria madre de California, y que él fué quien primero corrió los grandes riesgos avanzando créditos a la industria cinematográfica.

A los 7 años de edad perdió a su padre, un pobre inmigrante italiano; a los 12 estaba trabajando en un negocio de distribución de frutas y legumbres con su padrastro Scatena, a los 19 era socio de la firma, a los 31 era dueño de ella y la vendió a sus empleados para retirarse de los negocios con una regalía de 250 dólares al mes con la cual se proponía vivir despreocupado el resto de sus años. Pero luego estaba especulando en predios urbanos y cuando murió su suegro Joseph Cuneo, lo reemplazó en el consejo directivo de una empresa bancaria de familia, la Columbus Savings and Loan Society. Ese fué el primer paso hacia la edificación de su imperio. El directorio se negó a seguir la política gianniniana de prestar a los que no tienen; por eso A. P., como hasta ahora lo llaman sus amigos, dejó el negocio de la familia de su mujer, se alió de nuevo a su padrastro Scatena y diez amigos de su gremio de "fruteros" y con 150.000 dólares lanzó el Banco de Italia que manejó a su gusto y entender, es decir, poco menos que como un laboratorio de experimentación financiera.

Mientras sus rivales esperaban aristocráticamente a los clientes en sus ventanillas despiadadas, Giannini andaba por calles y campos a la busca de ellos. Sus colegas clamaron contra esa "indignidad". ¡Qué horror!, Giannini manejaba su banco como si fuera un almacén de menestras y prestaba a gente sin haberes ni garantías...* El fracaso era inevitable y sus colegas harían lo posible para producirlo. Cuando murió, su banco era el más grande del mundo con haberes avaluados en . . . . $ 6.072.918.872 y tenía también la mayor suma de depósitos entre todos los bancos existentes, $ 5.589.523.419.

Giannini parecía gustar de lo que la banca tenía de aventura: por eso en sus manos la más conservadora de las profesiones financieras tomó formas teatrales y nadie disfrutó más del espectáculo que el mismo autor.

En el terremoto de San Francisco (1906) recurrió a sus hábitos de vendedor de frutas. Cuando la tierra temblaba aún y las llamas y las turbas avanzaban sobre su banco, llevó a buen refugio los depósitos y valores disimulados en un carretón frutero. Al día siguiente, mientras los otros bancos entregaban "papelitos" a sus clientes, Giannini devolvía depósitos en dinero al contado y prestaba a diestra y siniestra. Veinte años más tarde afrontó por años una lucha titánica para salvar la Bancitaly Corporation que había fundado en Nueva York y fués más tarde su famosa Transamerica Corporation. Atraído por la fascinación de su nombre, el público compraba acciones con delirio: Giannini publicó anuncios para implorar que no compraran más porque ya valían menos de lo que se estaba pagando por ellas. Fué inútil, y las acciones pronto se derrumbaron. En la crisis de 1929 invirtió otra vez 68 millones en comprar las acciones que se ofrecían en el pánico; otra vez fracasó y el derrumbe fué casi total. Pero todo se había derrumbado también, sólo que Giannini previó el auge inflacionista de Roosevelt y operó a tiempo para recoger todos sus beneficios.

Las dos empresas matrices de Giannini fueron la Bank of America National Trust and Saving Association y la Transamerica Corporation. Entre las dos manejaban una red inextricable de bancos y empresas de todas clases. Hace 27 años el Banco Federal de la Reserva estaba ya advirtiendo a Giannini que andaba muy cerca de violar la ley contra los monopolios y que en todo caso ya una "porción demasiado grande de la industria de la nación" dependía de una "estructura financiera que sólo Giannini controlaba y entendía". El secreto de Giannini fué la "ramificación" para llegar a la base de la pirámide económica. Su banco con 150.000 accionistas tiene 17 sucursales incluso en Londres, Zurich y Shanghai; el año pasado prestó 1.000 millones de dólares en 1.400.000 operaciones. "Por eso California, crece, crece y crece", decía su anuncio. Por eso también el Sistema Federal de Reservas, por primera vez en la historia, pasó el año pasado las atribuciones de la ley Clayton contra los trusts para investigar esas operaciones bancarias. La bandera flamea a media asta en la Universidad de California a la cual Giannini traspasó un cheque por $ 1.000.000 obsequio de sus empresas donde tiene el título de "Presidente Fundador" y ganaba un dólar al año. No necesitaba vivir más de lo que le producía su modesta fortuna, de unos . . $ 300.000.

Liturgia como Filosofía

(En *El Comercio* de Lima, 5 junio 49).

Sin duda la más brillante delegación del Congreso de Mendoza fué la limeña. Los nombres de los delegados que la componían son ampliamente conocidos. Ibérico Rodríguez, veterano del pensar y el bien decir, mejor escribir; Honorio Delgado, pensador distinguido y caballero prudente; Francisco Miró Quesada, toda una promesa para la Filosofía americana, y last but not least, Alberto Wagner de Reyna. Durante mi viaje de regreso a México he leído la *Introducción a la Liturgia* de Wagner de Reyna. Hace años que el tema me preocupa y hace otros tantos que padecí decepción leyendo a Romano Guardini, según parece la más alta autoridad en la materia, cuando menos desde el campo de la Filosofía. La modestia de Wagner de Reyna se alarmó cuando le dije que su obra me impresionó y me enseñó más, mucho más, que la de Guardini. Jugo además que esta hispano americana *Introducción a la Liturgia* otorga patente de filósofo ilustre a su todavía joven autor, Alberto Wagner de Reyna. Presento este nombre como uno de los más dignos de atención de nuestro mundo hispánico. La formación de Wagner de Reyna es europea, encuadrada dentro del idealismo germánico, el cual rebasa fácilmente porque es un poeta en la manera de penetrar en las profundidades de la creencia y de la belleza.

El libro de Wagner de Reyna es lo que debe esperarse de una obra sobre Liturgia o sea, también un tratado de teología pero no de una teología conceptual y árida, construída en ideas puras, sino de un pensar que es manifestación de la arquitectura viva y ardiente; una revelación apoyada en la fe y amplificada en la contemplación del Universo. El alma es más que sus facultades, más que su sola razón y más que sujeto de la armonía; el alma es la imagen y semejanza del Dios en que se manifiestan las potencias infinitas, dentro de un orden que engendra amor y por lo mismo júbilo.

A propósito de las formas litúrgicas y su divina arquitectura, el autor peruano ha escrito páginas de una profundidad mística que quizá no tiene antecedentes en nuestra escasa y pobre producción hispanoamericana.

La Liturgia es un sistema de adoración que aprovecha los signos y las cosas, así como las facultades mejores de la conciencia, para dedicar al alma a su propia función que es la de glorificar la obra del Universo y en ella a su Autor. Es claro que mientras dure la vida terrestre habrá que dedicar esfuerzos a las exi-

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR
Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

gencias de la vida social, entre ellas las de la economía que sirve al cuerpo. Pero todo ha de hacerse teniendo en cuenta el fin último. El hombre práctico hallará más fecunda su labor si la subordina al conocimiento de las limitaciones necesarias de la práctica. El hombre moderno, dice Wagner de Reyna, que quiere aprovechar su tiempo hasta el último minuto, da sin cavilar una decidida preeminencia al ethos sobre el logos, a la voluntad sobre el conocimiento. "Esta actitud modernista y protestante lleva inexorablemente al fracaso espiritual y a largo plazo también al material. La voluntad, que decide, mueve la acción, pero es ciega; es fuerte pero voluble. Ella tiene necesariamente que ser encaminada por el conocimiento. Por eso el Catolicismo coloca al dogma antes que la moral; la adoración es anterior al esfuerzo. En principio era el Logos, no la acción".

Saludable es recordar estas palabras en momentos en que todo el mundo civilizado se apresta a celebrar un centenario de Goethe, el padre del hombre fáustico, que imaginó ver en el principio la acción en vez de la idea. La sola acción entregada a sí misma ha conducido al hombre fáustico al desastre en que hoy se halla el mundo. Y la necesidad de la hora es rectificar la doctrina de vida hasta sus raíces. Para ello anotemos que aún antes del conocimiento opera el Eros: el sentido de la creación, por gusto, sin ningún género de necesidad y por medio de los procesos genéticos que por su espontaneidad, su libertad, conducen a la alegría.

José VASCONCELOS.

La EDITORIAL SUDAMERICANA, en Buenos Aires, anuncia estos libros en su Boletín de Mayo:

Lin Yutang: *La Familia del Barrio Chino.* 1 volumen de la "Colección Horizonte" de 372 páginas, en rústica, $ 8.00.

El afamado autor de *Un momento en Pekín, Una hoja en la tormenta y La importancia de vivir,* abandona el Asia y el mundo de la filosofía para volverse hacia otro mundo que está a la vuelta de la esquina y mostrarnos a los chinos de los Estados Unidos tal como realmente son: gente encantadora, valiente, patriota y que vive una vida similar a la nuestra.

—

Ralph Roeder: *Catalina de Médicis.* 1 volumen encuadernado de la "Colección Biografías" de 824 páginas, con ilustraciones fuera de texto, ... $ 25.00.

A uno de los períodos más apasionantes de la Historia de Europa —que es decir de la Historia Universal— pertenecen la escena y los actores de este tremendo drama que constituyó la vida entera de uno de los personajes históricos que ha atraído sobre sí los más opuestos y enconados juicios, y de quien el autor de *El hombre del renacimiento* nos ofrece un magistral retrato.

—

Manuel Mujica Lainez: *Aquí vivieron.* 1 volumen de 324 páginas, .. $ 8.00.

A través de los veintitrés recios relatos de esta obra —que participa de los procedimientos propios del cuento y de la novela— se nos brinda la imaginaria "biografía" de un lugar de los alrededores de Buenos Aires, ubicado en un pueblo que cobra, por virtud de la vibrante prosa, una trascendencia histórica insospechada, a lo largo del período comprendido entre 1583 y 1924.

—

Manuel de la Sota: *Yanqui Hirsutus.* 1 volumen de 364 páginas, ... $ 10.00.

La acción de esta novela gira en torno a la curiosidad que el gran país del Norte despierta en los principales personajes, unos vascos que se ven obligados a emigrar a Francia y a quienes luego se les presenta la oportunidad de hacer un viaje a los Estados Unidos en representación de un comité de refugiados.

—

Lin Yutang: *Una hoja en la tormenta.* 1 volumen en la "Colección Horizonte" de 560 páginas en rústica, $ 11.00.

Décima edición de una de las novelas que cimentaron la fama de un escritor que se cuenta entre los que gozan de mayor difusión en el mundo entero; su tema, por encima del choque de los sucesos exteriores, refiere lo que está ocurriendo dentro de las personas que viven el tumulto de la guerra.

—

Margaret Kennedy: *La Ninfa Constante.* 1 volumen de la "Colección Horizonte" de 396 páginas en rústica (séptima edición), $ 9.00.

El éxito de sus adaptaciones teatrales y cinematográficas —pues son varias las versiones de esta novela representada en las tablas o dadas a conocer por el cine— ha sido subrayado por la general aceptación de los lectores de habla española, cuyo interés ha reconocido la justicia con que eminentes críticos colocaron a esta obra entre las novelas perdurables de todos los tiempos.

Ediciones Librería del Colegio.— Distribuídas por la Editorial Sudamericana.

—

NOVEDAD

E. S. Lincoln: *Instrumentos para mediciones eléctricas.* 1 volumen encuadernado de la "Colección Tratados Técnicos" de 316 páginas, ... $ 28.00.

Este tratado proporciona en forma sencilla y concisa todo cuanto puede requerir el más exigente técnico en la materia, y está destinado, en consecuencia, a llenar las necesidades cada día mayores de la moderna industria en su ininterrumpido desarrollo, en cuanto se refiere al capítulo tan importante de los instrumentos para mediciones eléctricas.

Estos libros están calculados en moneda nacional argentina.